SERNY 1930

Cristôbal y su orçanillo.

31ª

Iglesia Evangélica - Santa Cruz de Mudela
DE

ESFUERZO CRISTIANO Y LA IGLESIA
POR CRISTO
SANTA CRUZ DE MUDELA

SERNY 1930

Cristòbal y su organillo.

Este libro es propiedad de la B. P.

El bibliotecario
L. Laguna

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA
Caballero de Gracia, 60.
MADRID

CRISTOBAL Y SU ORGANILLO

O

¡MI HOGAR, MI DULCE HOGAR!

I

EL VIEJO ORGANILLO

HOGAR de mis recuerdos,
Mi hogar, mi dulce hogar!
¡No hay sitio bajo el cielo
Más dulce que el hogar!

parecían decir los desacordes sonidos de un organillo que tocaban en la buhardilla de una pequeña casa de huéspedes, sita en una triste y solitaria calle.

Por cierto que aquellas palabras no parecían cuadrar muy bien con tan lúgubre habitación, porque muy pocos de los que allí moraban habrían probado las dulzuras de la casa paterna.

Era un lugar muy obscuro, tétrico y de poco consuelo; y mientras los huéspedes que ocupaban los diferentes cuartos se revolvían en los toscos bancos de madera que les servían de cama, quizá alguno suspiraba pensando cuán lejos se hallaba de *su hogar, su dulce hogar*. Pero aunque era tarde, el organillo seguía tocando, la bujía se había apagado y el fuego estaba muriéndose.

Si hubieras subido por aquella escalera tortuosa y deteriorada, habrías visto a un viejo sentado solo en su buhardilla, acariciando con débil y temblorosa mano el manubrio de su órgano y sonriendo mientras lo hacía.

El viejo Simón apreciaba mucho su organillo; lo miraba como el único consuelo de su vida, porque era pobre, anciano y solo, sin ningún amigo en todo el mundo. Todos los que amó en otros tiempos, habían muerto; no tenía a nadie con quien poder conversar o a quien contar sus penas; así que depositó los recuerdos todos de muchos años de amor en su viejo organillo, que alcanzaba casi tantos años como su dueño. Estaba muy deteriorado; la tela de seda encarnada que tenía en la parte anterior estaba manchada y gastada, y no podía tocar las nuevas canciones que tanto aprecian los niños.

De vez en cuando se le ocurría pensar al pobre Simón que él y su organillo eran muy parecidos; que se iban haciendo viejos, y que la gente los miraba con desdén y los empujaba algo rudamente, apiñándose en las calles. Y aunque Simón era hombre muy paciente, no podía menos, sin embargo, de sentirlo. Muchísimo lo había sentido el día de que me estoy ocupando. El tiempo era frío y triste; un fuerte viento Este soplaba con furor por las esquinas de las calles, haciéndole tiritar hasta los huesos.

Su gabán despedazado no le abrigaba nada: ¡cómo podía esperar que le abrigara cuando le había llevado tantos años que apenas si podían contarse!

Sus secas, descarnadas y temblorosas manos estaban tan ateridas de frío, que apenas podía coger el manubrio de su organillo, y al tocarle le hacía dar algunas vibraciones, gorjeos y trinos en un tono con el cual de seguro no había contado el constructor del viejo instrumento.

No había mucha variedad en las piezas que el pobre Simón tocaba: tenía el *Miserere del Trovador*, la *Marcha Real*, el *Himno de Riego* y *¡Mi hogar, mi dulce hogar!* Este último, el favorito del viejo músico. Le tocaba siempre muy despacito para hacerle durar más tiempo, y el día tan frío de que estoy hablando, los sacudimientos y trinos parecían en verdad patéticos. Pero nadie hacía caso de Simón y su organillo. Sólo un pequeño grupo de niños se reunió alrededor suyo y le pidieron algunas canciones nuevas, cuyos nombres jamás había oído.

Parecía que no les gustaba *¡Mi hogar, mi dulce hogar!* ni ninguno de los otros, y pronto se alejaron.

Entonces, un caballero asomó la cabeza por una ventana, y con voz áspera y fuerte le mandó que se fuese y no turbara el silencio de una vecindad tranquila con su desapacible ruido, con su disonante órgano. El pobre anciano obedeció con mansedumbre, y luchando con el fuerte viento que soplaba, pasó a otra calle más concurrida; pero allí uno de la policía le mandó que se marchase a fin de que no se apiñase la gente en el tránsito, y casi desmayado retrocedió de nuevo, sabiendo con tristeza que no podía dejar de tocar, porque no tenía ni un céntimo en su bolsillo y había salido sin almorzar.

Al fin, una cariñosa mujer, que pasaba con su cesta al brazo, compadeciéndose del tembloroso viejo, y sacando una perra grande de su bolsillo, se la entregó; y aunque todo el día siguió tocando sus cuatro tonadas, no recibió otra moneda que aquélla.

Al anochecer volvió hacia su casa; en el camino cambió su moneda por un panecillo, y entonces, aburrido y cansado, subió lentamente la tosca escalera que conducía a su solitaria buhardilla. Se sintió muy triste aquella noche, pensando que él y su organillo eran de tiempos pasados y que tocaban a su fin. ¡Cuánto se acordó de cuando era nuevo! ¡Cuán orgulloso había estado con él! ¡Oh, cuánto lo había admirado! La seda encarnada estaba muy bonita y brillante, y las melodías eran modernas. No existían entonces tantos organillos, y la gente se paraba en los paseos para escucharle; no solamente los niños, sino también hombres y mujeres. ¡Ah! Simón estaba orgulloso en aquellos días. Pero una nueva generación se había levantado desde entonces, y ahora Simón se sentía viejo, pobre y solo, y relegado por los tiempos, y su organillo se había hecho demasiado antiguo para los días actuales. Atizó las ascuas muy abatido y triste, y procuró calentar el chocolate que le había sobrado del día anterior.

Pero cuando hubo comido su pan y sorbido el chocolate, se sintió algo mejor; y, como de costumbre, volvió a su organillo para animarse, porque no encontraba otro mayor consuelo.

Al principio, a la patrona de la casa no gustaba el organillo de Simón; pero cuando le ofreció unos cuartos más de renta por semana, a condición de poder tocarle cuando quisiera, no hizo ya oposición. Y así tocaba hasta muy tarde, y su cara se ponía

más alegre, y su corazón más contento a medida que iba escuchando sus cuatro tonadillas.

—¡Era tan buena compañía—se decía—y la buhardilla estaba tan solitaria por la noche! Y, por otra parte, no había nadie allí que pudiese llamarlo antiguo, o quejarse de la dulce música. Simón lo amaba con todo corazón, y sentía que, al menos por la noche, se lo tratase con la justicia que merecía.

Pero había uno escuchando la música del viejo organillo, y admirándola como Simón, de quien el viejo no tenía noticias. Fuera de la puerta, arrodillado y con el oído puesto en una rendija, se hallaba un niño pobre y cubierto de harapos; había entrado en la habitación grande de abajo para dormir, y se había acostado en uno de los duros bancos, cuando el organillo del viejo Simón empezó a sonar.

Al principio no lo había escuchado con mucha atención, pero cuando las notas de *¡Mi hogar, mi dulce hogar!* llegaron a sus oídos, el pequeño Cristóbal levantó la cabeza, y apoyándola sobre el codo, escuchó con toda atención. Apenas podía oir los dulces sonidos sin llorar, porque le traían recuerdos de tiempos pasados.

Hacía sólo algunos meses que el pobre Cristóbal había quedado sin madre, y esta melodía era la última que ella había cantado.

Trajo a su memoria toda aquella triste escena. El cuarto, pobre y desmantelado; la sencillez y pobreza del lecho; la mano querida que le había acariciado con tanto cariño, y la dulce voz que le había cantado aquella misma tonada.

Aún parecía estar oyéndola:

¡Mi hogar, mi dulce hogar!
¡No hay sitio bajo el cielo
Más dulce que el hogar!

¡Con cuánta dulzura lo había cantado! ¡Cuán claramente se acordaba de todo!

Y también se acordaba de lo que le había dicho después: "Voy a casa, Cristóbal; a mi hogar, mi querida casa, mi dulce hogar. Voy a mi casa, Cristóbal." Y aquellas palabras fueron las últimas que le había dirigido.

Desde entonces la vida había sido muy triste para el pobre niño; la vida sin su madre apenas le parecía vida, y nunca había sido feliz desde su muerte. Había trabajado muchísimo ¡pobrecito! para ganar la vida, porque su querida madre le había rogado que lo hiciese; pero muy a menudo anhelaba juntarse con ella en la dulce casa, de la cual le hablaba tantas veces. Y lo deseaba más que nunca esta noche, oyendo la canción favorita de su madre.

Quería oirla de nuevo, de modo que escuchaba con mucha paciencia, mientras que el pobre Simón tocaba los otros tres intermedios; pero, al fin, alguien hubo de cerrar la puerta, y el ruido de dentro de la habitación ahogaba los suaves acordes del viejo organillo. Entonces Cristóbal se levantó en medio de la obscuridad, y abriendo la puerta con mucho cuidado para que nadie lo oyese, subió las escaleras de puntillas.

Se arrodilló en la puerta para escuchar. Hacía mucho frío, y el viento soplaba en la escalera haciendo tiritar al niño; mas él no se cansaba de la música. Los dulces sonidos pararon por fin, oyó al viejo que colocaba el organillo en su sitio, y a los pocos instantes todo quedó en silencio.

Entonces Cristóbal bajó las escaleras, y volviendo a acostarse en su duro banco, se quedó dormido y soñó con su querida madre que estaba en la tierra de *más allá*. Pensaba que la oía cantar:

Hogar de mis recuerdos,
A tí volver anhelo;
¡No hay sitio bajo el cielo
Más dulce que el hogar!
Posara yo en palacios,
Corriendo el mundo entero;
¡A todos yo prefiero
Mi hogar, mi dulce hogar!

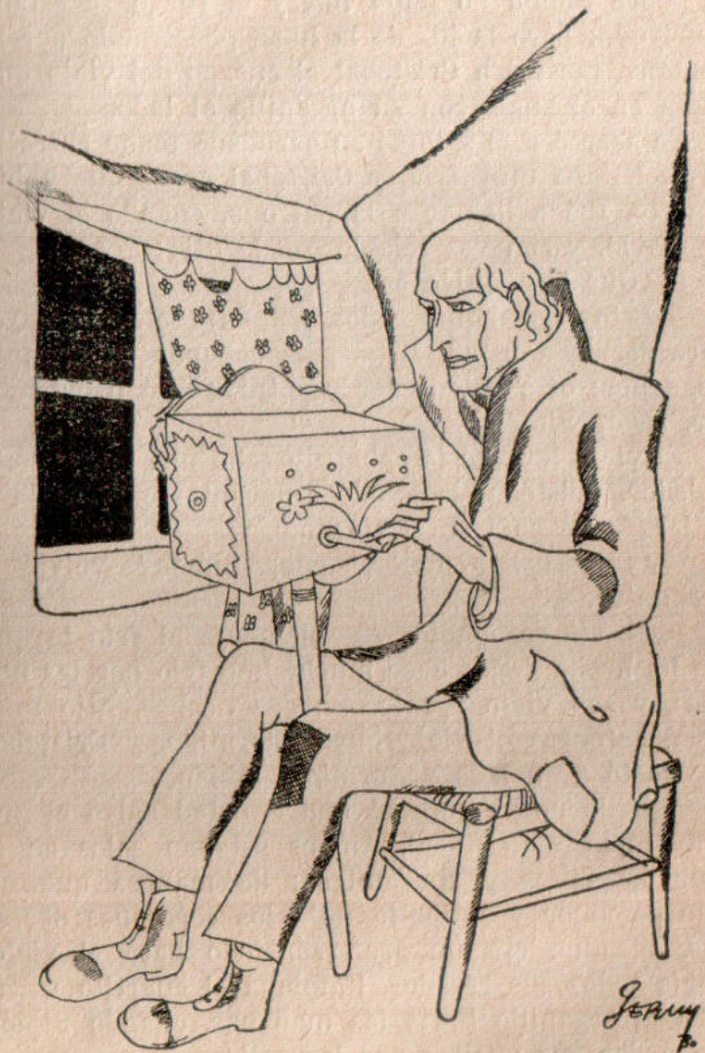
II

EL IMPORTANTE CARGO DE CRISTÓBAL

La triste casa de huéspedes parecía tener cierto atractivo ahora para el pequeño Cristóbal, que, noche tras noche, volvía allí para oír la canción de su madre.

La patrona empezó a considerarle como uno de sus parroquianos más regulares, y a veces, cuando entraba en el largo aposento para dormir, se fijaba en su carita, tan pálida y triste, y le daba un pedazo de pan.

Todas las noches el viejo Simón tocaba su organillo, y el niño subía las escaleras de puntillas para escuchar. Pero una noche, cuando se estaba arrodillando a la puerta de la buhardilla, de pronto cesó la música y Cristóbal oyó un sonido, sordo y pesado, como si algo hubiera caído al suelo. Esperó un momento, pero todo permanecía quieto; de modo que abrió la puerta muy cautelosamente y echó una ojeada alrededor del cuarto. Apenas podía ver, pues



Todas las noches el viejo Simón tocaba su organillo...

el pobre Simón no tenía luz, y el fuego se estaba muriendo; pero la luz de la luna, penetrando por la ventana, mostró a Cristóbal el cuerpo del viejo que yacía en el suelo con su organillo al lado.

Se acercó a él y tomó su arrugada mano entre la suya. Estaba muy fría, y Cristóbal creyó que había muerto. Iba a llamar a la patrona, cuando el viejo se movió, y con voz temblorosa le dijo:

—¿Qué hay, quién es?

—Estoy yo aquí, señor Simón; solamente yo, para servir a usted. Estaba escuchando su organillo, señor; oí a usted caer y entré. ¿Está usted mejor, señor Simón?

El viejo levantó la cabeza y echó una mirada alrededor. Cristóbal le ayudó a levantarse y le llevó al jergón de paja en el rincón.

—¿Está usted mejor, señor Simón?—volvió a preguntar.

—Sí, sí—respondió—es solamente el frío lo que me ha hecho daño; hace muchísimo frío por las noches, y soy viejo y solo. Buenas noches, hijo mío.

Y entonces el viejo quedó dormido, y Cristóbal se acostó a su lado y durmió también.

Aquella noche empezó una amistad entre el pobre Simón y Cristóbal. Ambos estaban solos en el mundo, pobres y sin amigos; de manera que un lazo de amor y simpatía unió los corazones de los dos. El niño era un gran consuelo para el viejo. Hacía todos sus recados, limpiaba el cuartito y bajaba el organillo todas las mañanas, cuando Simón iba a dar sus vueltas por las calles.

Y Simón, por su parte, dió a Cristóbal un rincón de la buhardilla para que allí durmiese, y le dejaba sentarse junto al fuego, mientras tocaba su querido organillo; y cuando llegaba a la melodía *¡Hogar de*

mis recuerdos, mi hogar, mi dulce hogar!, Cristóbal pensaba en su madre y en lo que le había dicho antes de morir.

—¿En dónde está el hogar, el dulce hogar, señor Simón?—le preguntó cierta noche.

Simón lanzó una mirada por el miserable cuartito con su techo estropeado, lleno de goteras, y el pavimento deshecho, y se afligió hondamente al ver que no podía llamarle su hogar, su dulce hogar.

—No está aquí, Cristóbal—respondió.

—No—dijo el niño pensativamente—; supongo que estará muy lejos de aquí, señor Simón.

—Sí—contestó el viejo—me parece que sí; debe haber otro mejor en otra parte.

—Mi madre solía hablar del cielo—dijo Cristóbal tímidamente—. ¿Será ése el dulce hogar que anhelaba tanto?

Pero el pobre Simón sabía muy poco del cielo, ya que nadie jamás le había hablado de las muchas moradas que Jesucristo está preparando allí para los que le aman; mas pensaba muy a menudo aquel día en las palabras de Cristóbal, mientras andaba cansado y aburrido por las calles con su organillo.

Iba envejeciéndose muy de prisa ¡pobrecito! Sus piernas se debilitaban, y casi estaba desmayado cuando llegó a la buhardilla, pues el viento sutil le había penetrado hasta los mismos huesos.

Cristóbal había llegado a casa antes; había encendido lumbre, el agua estaba hirviendo y los platos preparados en la mesita, y se puso a pensar con asombro qué pudiera tener su amigo. Estaba tan quieto y callado que ni siquiera le pidió su organillo después de cenar, sino que se acostó en seguida. Al día siguiente no pudo salir ni levantarse de la cama, y Cristóbal veló a su lado, dándole

todo lo que necesitaba con la ternura de una mujer.

Al otro día sucedió la mismo, y otro más todavía, hasta que el pequeño armario se encontró vacío, no quedándole ni un cuarto.

—¿Qué haremos ahora, Cristóbal?—preguntó—. No puedo salir hoy, ¿verdad, hijo mío?

—No—replicó el muchacho—; no debe usted pensar en eso, señor Simón; veremos lo que podemos hacer. ¡Oh, ya sé! ¿Saldré yo con el organillo?

El pobre viejo no respondió, pues una lucha tenía lugar en su mente. ¿Podía permitir que otra mano que la suya tocase su querido instrumento?

Le parecía muy duro verle salir teniendo él que quedarse en casa; muy duro en verdad. Pero Cristóbal era un muchacho cuidadoso, y prefería confiárselo a él mejor que a ninguna otra persona; además, había gastado su última moneda.

—No deberé quedarme aquí para morir de hambre—dijo entre sí—; tendré que separarme de mi antiguo amigo, no hay remedio; pero me sentiré muy solitario en esta obscura buhardilla. ¡Qué día tan largo y tan triste me va a parecer sin mi amiguito y sin el organillo!

—Sí, Cristóbal—respondió al fin—, saldrás con él mañana; pero cuidarás de él, hijo mío, ¿verdad? ¿Lo cuidarás muchísimo?

—Oh, sí, lo cuidaré, señor Simón, no tema usted—dijo Cristóbal alegremente—; yo se lo devolveré a usted sano y salvo. Usted verá lo que puedo hacer.

¡Qué día tan gozoso era aquél en la vida del pequeño Cristóbal! Se levantó cuando los pajaritos, como se suele decir; pero los pájaros vivían muy lejos de aquella calle. De seguro se había levantado más temprano que las alondras y gorriones, y mucho antes que los hombres que dormían en los bancos del gran alojamiento; y cuando empezó a rayar el día, salió cautelosamente al patio, y arrodillándose en la fuente, se lavó con agua helada. Se frotó las manos hasta que se pusieron encarnadas como cerezas, y tuvo que meterlas en sus bolsillos para sentir que todavía eran suyas. Entonces subió las escaleras muy despacito, y abriendo la puerta con mucho cuidado a fin de que Simón no despertara, se puso a peinar sus ásperos cabellos y a arreglar su vestido roto del mejor modo posible.

Y cuando estaba ya listo, hizo que despertase el anciano para que le diese permiso para salir. Ya el día había amanecido; el sol brillaba en el patio, y los hombres del piso de abajo sacudieron el sueño y salieron a su labor hasta la noche.

Los vió cruzar el patio y entonces creció su impaciencia, hasta que tocó la mano arrugada de Simón muy dulcemente, y éste, moviéndose, dijo:

—¿Qué hay, Cristóbal? ¿Qué tienes, hijo mío?

—Ya es tarde, señor Simón—respondió el niño—¿se despertará usted pronto?

El viejo se volvió en la cama, y mirándole con admiración, exclamó:

—¡Hijo, Cristóbal, qué majo te has puesto!

Cristóbal se irguió con arrogancia, y paseándose por la buhardilla, para que Simón le admirase todavía más—. ¿Puedo ir ahora?—preguntó.

—Sí, hijo mío, vete, si gustas; pero cuidarás mucho del organillo, ¿verdad?

—¡Oh! sí, señor Simón—replicó el niño—. Tendré tanto cuidado como usted.

—¿Y no darás al manubrio demasiado de prisa?

—No, señor—replicó Cristóbal—; no lo tocaré más de prisa que usted.

—Y no te debes parar para hablar con los niños

en las calles; son muy descorteses y mal educados, y siempre piden nuevas canciones; pero no hagas caso, Cristóbal. Es verdad que las melodías del organillo son antiguas ¡pobrecito! Es semejante a su dueño; pero no debes hacer caso de lo que digan los niños, hijo mío.

—No, señor; no les haré más caso que usted.

—Hay una música que les gusta mucho—dijo Simón meditando—no sé exactamente cuál; tal vez sea el himno de alguien a quien asesinaron después de construirse mi organillo, pero no le tiene en su repertorio, Cristóbal.

—Ahora ya estoy—dijo el niño, poniendo la tira de cuero alrededor de su cuello—¡adiós, hasta luego!

Y con aire de importancia Cristóbal bajó la escalera, y, triunfante, cruzó el patio. Algunos niños que estaban allí le rodearon, y le siguieron hasta el fin de la calle.

—¡Una tonadilla, Cristóbal, toca una tonadilla!—dijeron; pero Cristóbal meneó la cabeza con determinación, y siguió su camino muy contento. Ellos se cansaron pronto de atormentarle y volvieron a su juego. Ahora se creía ya un hombre, y empezó a tocar con alegría y soberbia.

¡Qué momento le pareció aquél!

Había puesto en movimiento el manubrio a menudo en la solitaria buhardilla; pero ahora era muy diferente, ahora lo tocaba en la calle. No había nadie allí para oirle, sino Simón, quien solía mirarle ansiosamente, diciendo:—Tócale despacito, Cristóbal; tócale despacito, hijo mío.

Pero ahora pasaba muchísima gente, y a veces alguno hasta se paraba un minuto escuchando, y cuán orgulloso se sentía entonces, pues estaba muy seguro que no había organillo como el suyo en todo

el mundo. El no hacía caso de lo que la gente decía, haciendo burla de él, porque no podía tocar canciones de moda, porque sabía que no serían tan bonitas como el *Miserere;* y en cuanto a *¡Mi hogar, mi dulce hogar!* Cristóbal casi prorrumpía en lágrimas cada vez que le tocaba.

Amaba tanto a su madre, que no podía dejar de imaginar que ella todavía estaría cantándole en alguna parte.

Anhelaba muchísimo saber en dónde se hallaba ahora, y en dónde estaba *su hogar, su dulce hogar;* así que determinó enterarse de algún modo.

Así transcurrió el día; cual las asiduas abejas vuelan de una flor a otra para recoger la duce miel, Cristóbal pasó de una calle a la otra sin cansarse; y su paciencia tuvo su premio, pues había en su bolsillo muchas perras y céntimos. ¡Cuán orgulloso estaba, cuando al volver a casa se paró a comprar lo que Simón necesitaba, y cuando contó al viejo todas las aventuras que le habían sucedido durante su primer día de músico!

Simón dió al niño la bienvenida cuando abrió la puerta de la buhardilla, pero sería difícil decir si estaba más contento de volver a ver a Cristóbal o a su querido organillo. Examino a éste con mucho cuidado y ternura, pero no pudo descubrir que Cristóbal le hubiese hecho ningún mal; así que le alabó con todo su corazón.

III

SÓLO OTRO MES

El pobre Simón no recobró sus fuerzas, siguió muy débil y desanimado. El, en realidad, no estaba enfermo, pues podía sentarse día tras día junto al fuego que Cristóbal le encendía por la mañana. Pero no podía bajar las pendiantes escaleras, ni mucho menos andar por las calles con el pesado organillo, que hasta llegó a lastimar los hombros de Cristóbal.

Así el niño tomó el oficio del viejo. No siempre era el trabajo tan agradable como en aquella primera mañana, porque había días muy fríos; a veces la lluvia mezclada con nieve azotaba su cara casi cegándole. Había grandes heladas, que le penetraban hasta los huesos; densas nieblas que le envolvían como una manta mojada, y vientos recios que casi le derribaban al suelo.

También se cansaba algo del repertorio del viejo organillo. Nunca se atrevió a confesar esto a Simón,

apenas se lo confesaba a sí mismo; mas no podía menos de desear que las antiguas piezas se cambiaran por otras más modernas y bonitas.

Pero nunca se cansaba de oír *¡Mi hogar, mi dulce hogar!* A él le parecía siempre nueva, porque había oído en ella la voz de su amada madre.

Así transcurrió el invierno, y la primavera empezó y los días se hicieron más largos y más claros.

Entonces Cristóbal iba más lejos de la ciudad, a las soberbias quintas, donde no se oía tan frecuentemente el sonido de un organillo. La gente allí tenía tiempo para escuchar, pues estaba lejos del tumulto y bullicio de la ciudad, y no había tantos transeuntes en las aceras.

Eran algo tétricos estos alrededores, y las líneas de casas le parecían monótonas. Era precisamente el lugar en donde la mente activa y vivaz anhela un poco de variedad; y así sucedió que hasta un organillo recibió la bienvenida; uno y otro tiraban cuartos a Cristóbal, para animarle a volver.

Cierto día de primavera, cuando el sol resplandecía con toda su fuerza, como si estuviera cansado de estar escondido todo el invierno, Cristóbal estaba subiendo uno de esos caminos penosos de la ciudad. El organillo pesaba mucho y tenía que pararse de vez en cuando para descansar. Al fin llegó a una casa muy bonita, situada en un hermoso jardín. El espacio de terreno que había en medio estaba lleno de flores de primavera; las campanillas blancas, los jazmines y las violetas florecían en abundancia y formaban contraste con los arbustos y plantas rastreras que le rodeaban.

Enfrente de esta casa, Cristóbal empezó a tocar. Apenas podía dar razón por qué la había escogido: tal vez porque tenía aquel bonito jardín alrededor,

y amaba mucho las flores. Cierto día su madre le había comprado un pequeño ramillete de flores, que, después de vivir algunos días en una botella rota, Cristóbal había secado entre las hojas de una vieja Cartilla, y durante sus penas las había guardado como cosa sagrada. Así empezó a tocar delante de la casa del hermoso jardín.

No bien había dado vuelta al manubrio tres veces, cuando aparecieron en una ventana de lo alto dos caritas risueñas que le observaban con vivo interés. Cristóbal podía oír todo lo que decían.

—Mírale tocando—dijo la niña, que parecía tener cinco años poco más o menos—; lo maneja muy bien, ¿verdad, Carlos?

—Sí, muy bien—respondió Carlos—, y ¡qué música tan bonita está tocando!

—Sí—dijo la niña—, ¡es muy alegre! ¿verdad, Mariana?—añadió volviéndose a la niñera que la tenía por la cintura, para que no cayese de la ventana.

Margarita había oído a su papá hacer esta observación a su mamá la noche anterior cuando había tocado por primera vez una pieza de música, de manera que creía ser éste el mejor modo de expresar su admiración por la melodía de Cristóbal; pero a Mariana, que conocía las palabras que se solían cantar con ella, no le parecía tan alegre, y estaba más contenta cuando ésta se hubo acabado y empezó la *Marcha Real.*

Cuando hubieron terminado las tres piezas y el oganillo empezó *¡Mi hogar, mi dulce hogar!*, los niños gritaban de alegría; pues su madre a menudo se lo había cantado, y ahora lo reconocían como su antiguo favorito, y sus voces, tan suaves y tan dulces, se unieron al coro:

¡Hogar de mis recuerdos,
A tí volver anhelo;
No hay sitio bajo el cielo
Más dulce que el hogar!
Posara yo en palacios,
Corriendo el mundo entero;
¡A todos yo prefiero
Mi hogar, mi dulce hogar!

Y mirándoles Cristóbal, pensaba para sí que, al menos, ellos conocían algo de lo que cantaban.

—¿Por qué no tengo yo una casa tan bonita?—murmuró.

Pero los niños se habían retirado de la ventana, y bajaban ya las escaleras a pedir a su mamá algún dinero para el niño del organillo. Un minuto después, dos monedas eran arrojadas desde la ventana.

Cayeron en medio del jardín entre las campanillas blancas, de modo que Cristóbal tuvo que abrir la puerta de la verja y pasar por entre la hierba verde para buscarlas. Por un rato no pudo encontrarlas, pues estaban escondidas entre las flores, y los niños bajaron para ayudarle en su trabajo. Al fin hallaron las monedas, y Cristóbal se quitó el sombrero y los saludó contésmente cuando se las presentaron.

Metió el dinero en su bolsillo y echó una mirada de cariño a las blancas campanillas.

—¡Son muy bonitas, señorita!—dijo.

—¿Quisieras tener una?—preguntó Margarita de puntillas y mirando la cara de Cristóbal.

—¡Oh! ¿podría usted darme una?—preguntó Cristóbal con alegría.

—La pediré a mamá—dijo Margarita corriendo a la casa.

—Mamá dice que puedo coger cuatro—dijo cuando volvió—. Mira, niño, tú escogerás.

Asunto de grandísima importancia era escoger aquellas flores; pero, al fin, Margarita hizo un ramillete y se lo entregó a Cristóbal.

—Una vez, mi madre, me regaló unas campanillas blancas como éstas—dijo.

—¿No te regala flores ahora?—preguntó Margarita.

—No, señorita; ha muerto—respondió Cristóbal tristemente.

—¡Oh! lo siento muchísimo—dijo la niñita en tono de simpatía—. ¡Pobrecito! ¡pobrecito!

Entonces Cristóbal puso el organillo sobre su espalda y volvió para salir del jardín.

—Pregúntale cómo se llama—dijo la niñita al oído de su hermano.

—No, no; pregúntaselo tú.

—¡Oh! Carlos, te ruego que lo hagas.

—¿Cómo te llamas, musiquillo?—preguntó Carlos con timidez.

Cristóbal les dijo su nombre, y bajando la cuesta, oyó sus dulces voces que decían: "¡Ven otra vez, Cristóbal; ven pronto! ¡Cristóbal, vuelve mañana!"

Las campanillas blancas estaban muy marchitas cuando Cristóbal llegó a la buhardilla por la noche. Procuró revivirlas en agua, pero siguieron mustias, de modo que las metió en la vieja Cartilla al lado de las flores de su madre.

Cristóbal no tardó mucho en volver a la casa bonita de las afueras; pero esta vez, aunque tocó sus cuatro tonadas dos veces, retardándose en la última *¡Mi hogar, mi dulce hogar!* para hacerla durar más tiempo, no vió a los niños y no recibió ni dulces sonrisas ni flores.

Carlos y Margarita se habían ido al campo con su niñera y estaban muy lejos de donde sonaba el organillo de Cristóbal.

El pobre Simón aún no podía salir, y a veces hasta se enojaba algo con Cristóbal.

Le parecía muy triste estar sentado solo todo el día; pues no tenía nada para consolarse, ni aun su viejo amigo el organillo.

Y cuando Cristóbal volvía a casa por la noche con menos cuartos de los que solía coger, Simón suspiraba y gemía, anhelando salir con su organillo como antes.

Pero Cristóbal sufría su mal humor con mucha paciencia, pues quería a su viejo amo más de lo que había amado a nadie desde la muerte de su madre, y el verdadero amor puede sufrir mucho.

Sin embargo, deseaba mucho encontrar algo o alguien para consolarle y ponerle mejor.

—Señor Simón—preguntó cierta noche—, ¿buscaré al médico para que vea a usted?

—No, no, hijo mío; déjame, déjame en paz.

Pero Cristóbal no quedó completamente satisfecho; si el pobre Simón muriese, y le dejara solo en el mundo, ¿qué haría? La pequeña buhardilla, por lúgubre que fuese, había servido de abrigo y casa a Cristóbal, y Simón le amaba, y nadie en todo el mundo le había amado desde que perdió su querida madre.

Se encontraría muy solitario sin Simón, y observaba que el viejo se ponía muy delgado y pálido, y que sus manos temblaban tanto, que apenas podía tocar el organillo. Cristóbal había oído hablar de viejos que fallecieron de repente, como se extingue el pábilo de una vela, y tenía miedo de que Simón hi-

ciese otro tanto. Era menester que buscase a alguien para ver a su amo.

La patrona de la casa se había caído por las escaleras y se había roto un brazo. Cristóbal sabía que un médico venía a verla, y "¡Oh!, si tuviera la bondad de subir a la buhardilla para ver a Simón, pues solamente le ocuparía unos pocos minutos, entonces sabría qué tenía el viejo y si se restablecería."

Estos pensamientos ocuparon al niño toda la noche; se revolvía con inquietud en la cama con el corazón lleno de pena y ansiedad.

La luz de la luna penetró en el cuarto e iluminó la cara de Simón, que se había acostado en su lecho, en el rincón. Cristóbal se empinó sobre el codo para mirarle con atención. ¡Oh, cuán estenuado y enfermo parecía! ¡Oh, cuánto anhelaba que Simón no muriese, como su madre había muerto, dejándole solo en el mundo! Y entonces Cristóbal lloró amargamente hasta que se quedó dormido.

Al día siguiente vigiló en la escalera hasta que viniera el médico de la patrona. El pobre Simón le suponía muy perezoso porque no quería salir con el organillo; pero Cristóbal procuró calmarle, dándole las razones de por qué no podía salir, al mismo tiempo que miraba por la ventana al patio, para ver el carruaje del médico a la entrada.

Al fin le vió, y cuando el médico entró en el cuarto de la patrona, bajó la escalera y se sentó en la puerta para esperar que saliese. Cerró éste la puerta muy deprisa, y ya estaba bajando, cuando oyó una voz que le llamaba con ansiedad.

—¡Oh, señor doctor! ¡oh, señor!

—Y bien, hijo mío, ¿qué quieres?—preguntó.

—¡Oh, señor doctor! ruego a usted haga el favor... ¡Si subiese usted la escalera de la buhardilla! Es para ver al viejo Simón que está muy mal.

—¿Y quién es Simón?—preguntó el médico.

—Es mi amo, señor; es decir, el que cuida de mí, o más bien soy yo quien cuida de él; servidor de usted.

El médico apenas entendió esta explicación tan clara. Sin embargo, volvió sobre sus pasos, y al subir dijo con toda bondad:

—¿Y qué tiene?

—Eso es precisamente lo que yo quiero saber, señor—replicó Cristóbal—: es muy viejo y tengo miedo que no viva mucho tiempo, y lo deseo saber, si usted tiene la bondad de decírmelo. Pero un servidor de usted entrará primero, señor doctor, porque el señor Simón no sabe que usted viene.

—Señor Simón—dijo Cristóbal, acercándose a su lecho—aquí viene el médico de la patrona para ver a usted...

Y Cristóbal se alegró al ver que Simón no objetaba, sino que se sometía con mucha paciencia a la investigación del médico, aun sin preguntar quién era el que le había enviado.

Luego el doctor se despidió de él, prometiendo enviarle una medicina a la mañana siguiente; e iba a entrar ya en su carruaje, cuando sintió que una manita fría tocaba la suya, mientras oyó una voz que le decía:

—Señor, ¿hará usted el favor de decirme cuánto es?

—¿Cómo, qué quieres decir?—preguntó el médico.

—¿Que cuánto lleva usted por su visita a Simón? Sí, aquí tengo algunos cuartos—insistió Cristóbal, sacándolos de su bolsillo—; ¿será eso bastante? o si no, señor, llevaré más a su casa mañana.

—No—dijo el médico sonriéndose—; puedes quedarte con el dinero, hijo mío, no tomaré tus últimos cuartos; y cuando vuelva a ver a doña Rosa, echaré una mirada al viejo también.

Animado por la bondad del médico, Cristóbal se atrevió a hablarle otra vez.

—¡Oh, señor! ¿Hará usted el favor de decirme lo que piensa usted de Simón? ¿Es cosa grave lo que tiene?

—No estará aquí mucho tiempo, hijo mío; sólo cosa de un mes, según creo—, replicó el médico, poniendo el pie en el estribo del carruaje.

—¡Sólo un mes! ¡Sólo un mes más!—se dijo Cristóbal, volviéndose lentamente a casa con un peso en el corazón que casi le ahogaba.

"¡Solamente otro mes más con su querido amo!... ¡Sólo otro mes! ¿qué haría?" Y subiendo las escaleras, un porvenir triste y sombrío se presentó a su vista: la vida sin Simón. Sabía que entonces no tendría casa, ni aun la vieja buhardilla; no tendría amigo, y con amargura repetía: "¡Ni casa, ni amigo! ¡Ni casa, ni amigo!"

Así, triste y aburrido, abrió la puerta de la buhardilla.

—Cristóbal, hijo mío—dijo Simón—, ¿qué ha dicho el médico?

—Dijo que usted solamente vivirá otro mes..., ¡Sólo un mes más!—repitió Cristóbal, prorrumpiendo en lágrimas—. Y ¡oh!, señor, ¿qué haré sin usted?

Simón no respondió; era cosa muy solemne oír que solamente viviría un mes, que dentro de cuatro semanas tendría que dejar a Cristóbal, la buhardilla y su viejo organillo, para ir... ¿dónde? ¡oh! donde no lo sabía. ¡Era un momento muy solemne para el pobre Simón!

Habló muy poco todo aquel día.

Cristóbal quedó en casa, pues no tenía ánimo para salir con el organillo, y velaba a Simón con cariño y tristeza... "¡Sólo otro mes!... ¡sólo un mes más!" resonaba en los oídos de ambos.

Pero cuando llegó la noche y no había luz en el cuarto, Simón empezó a hablar.

—Cristóbal— dijo con ansia—, ¿a dónde voy? ¿Dónde estaré dentro de un mes, hijo mío?

—Mi madre me hablaba del cielo, señor Simón—dijo Cristóbal, observándole pensativo—; y ella dijo que iba a casa. Bien me acuerdo que *mi hogar, mi dulce hogar*, fué la última cosa que cantó antes de morir; supongo que *el hogar* estará en el cielo, señor Simón, me parece que sí... pues mi madre me decía que era muy buen lugar.

—Sí—respondió el viejo—, supongo que sí; pero no puedo menos de pensar que me sentiré extraño allá, muy extraño, Cristóbal. ¡Sé muy poco acerca del cielo; tan poco, hijo mío!

—Y yo sé menos—respondió Cristóbal.

—Tampoco conozco a nadie allí; tú no estarás allí, Cristóbal, y tendré que dejar mi pobre organillo... Supongo que no los habrá allí, ¿verdad?

—No—respondió Cristóbal—; nunca he oído hablar a mi madre de organillos en el cielo; me parece que me decía que allí tocaban arpas.

—Esto no me gusta tanto—dijo Simón con tristeza—; no podré pasar el tiempo.

Cristóbal no sabía qué responder, y calló.

—¡Oh! Cristóbal, hijo mío—dijo Simón repentinamente—, quiero que descubras todo lo que puedas acerca del cielo, quiero saberlo todo; puede ser que no me encontrase tan extranjero allí si supiera a dónde iba, y qué especie de lugar es. Tu madre le

llamaba "mi hogar, mi dulce hogar", ¿verdad, Cristóbal?

—Sí, señor; estoy casi seguro que quería decir el cielo.

—Pues bien; Cristóbal, hijo mío—dijo Simón con energía—, acuérdate que quiero saberlo todo; acuérdate que me queda solamente un mes, ¡sólo otro mes, Cristóbal!

—Haré todo lo que pueda, señor Simón; prometo a usted que lo haré lo mejor que pueda.

Y Cristóbal cumplió su palabra.

IV

LA PRIMERA LECCIÓN DE MÚSICA DE MARGARITA

L día siguiente Cristóbal tenía que salir como de costumbre.

El viejo Simón no se encontraba peor que antes; podía levantarse por la mañana y sentarse junto a la ventanilla que Cristóbal abrió, para que disfrutara la fresca brisa. Pero había muy poca frescura en el aire aquella mañana; la atmósfera estaba pesada y sofocante, y el pobre Cristóbal se sentía muy abatido.

Volvió, sin saber casi por qué, a las afueras de la ciudad y paróse delante de la casa del hermoso jardín. Quiso volver a ver aquellas risueñas caritas, creyendo que tal vez le animarían, pues se sentía muy triste y abatido; y esta vez no se engañó.

No había dado dos vueltas al manubrio, cuando Margarita y Carlos aparecieron en la ventana de su cuarto, y después de asegurarse que era en verdad Cristóbal, "su musiquito", como le llamaban, corrieron al jardín para verle tocar.

—Le toca muy bien, ¿verdad?—dijo Carlos al oído de su hermanita.

—Sí—respondió Margarita—; quisiera yo tener un organillo; ¿no lo quisieras tú también, Carlos?

—Pediré a papá que nos compre uno.

—No sé si a mamá le gustaría, Carlos—dijo Margarita—; ¡tiene esos dolores de cabeza tan a menudo, que ya sabes!...

—Pero allí, en nuestro cuarto, apenas le oiría, estoy seguro—, dijo Carlos tristemente.

—¡Me alegraría tanto tocarle!—dijo Margarita, mirando con timidez la cara de Cristóbal.

—Bien, señorita; venga usted aquí—, dijo éste.

Y poniéndose de puntillas a su lado, tomó la niña el manubrio en su blanca manecita, y cuidadosamente le daba vueltas; mas tan despacio lo hacía, que su madre fué a la ventana de la sala a ver si el niño del organillo se había puesto enfermo.

Era un cuadro muy hermoso lo que la madre vió en el jardín. La niñita, rubia y delicada, con su ligero vestido blanco, girando el manubrio del viejo y deteriorado organillo y el pobre niño mirándola admirado. Entonces la pequeña Margarita levantó los ojos, y viendo la cara de su madre en la ventana, sonrió y meneó la cabeza muy contenta al ver que estaba mirándola, y siguió tocando con el feliz pensamiento de que su mamá la escuchaba, pues no había nadie a quien Margarita amase tanto como a su madre.

Pero Margarita le tocaba tan despacio que se cansó de su melancólica melodía.

—¿Puedes cambiar la música, niño? ¿Puedes hacerle tocar *Mi hogar, mi dulce hogar*? ¡Pues a mi madre le gusta tanto!

Pero Cristóbal sabía que el *Miserere* y el *Himno*

La niñita... girando el manubrio del viejo organillo y el pobre niño mirándola admirado.

de Riego tenían que turnar, tomó, pues, el manubrio en su propia mano, diciendo vivamente:

—Pues bien, señorita, yo haré que salga lo antes que pueda.

Y le tocó tan aprisa, que si el pobre Simón le hubiera oído, se habría muerto ciertamente de pesar antes del fin de mes.

Varias personas de las casas de enfrente aparecieron en sus ventanas para mirar, creyendo que el organillo debía estar poseído de algún espíritu malo; ¡tan lentamente tocaba un minuto antes y tan deprisa después! Pero se lo explicaron perfectamente, cuando la pequeña Margarita volvió a tocar, y las primeras notas de *Mi hogar, mi dulce hogar* llegaron a sus oídos. Y cuando se hubo concluído, volvió el manubrio a Cristóbal con una sonrisa de satisfacción.

—Me gusta mucho esa canción—dijo—. ¡Es una música tan bonita!

—Sí—respondió Cristóbal—, es mi favorita también, señorita; empero ¿dónde está ese dulce hogar? —preguntó de repente acordándose de su promesa a Simón.

—Aquella es *mi* casa—, dijo la niñita, señalando con el dedo su propia y hermosa morada—; no sé en dónde estará la tuya, Cristóbal.

—No tengo una casa tan hermosa como ésa—dijo Cristóbal—; yo y el pobre Simón vivimos juntos en una vieja buhardilla, y muy pronto ya no la tendré más. Sólo otro mes, señorita Margarita, y entonces no tendré ni casa ni amigo.

—¡Pobrecito, pobre Cristóbal!—dijo Margarita con tono de simpatía.

Carlos tenía el manubrio ahora y estaba tocando el *Miserere*, pero Margarita apenas le oía; pensaba en

el pobre niño que tenía una buhardilla por casa, y que pronto no tendría ni aun ésa.

—¿Hay otro hogar en alguna parte?—preguntó Cristóbal—. ¿Verdad, señorita? ¿No es el cielo una especie de hogar?

—¡Oh! sí, es el cielo—respondió la niña con alegría—; tendrás una casa allí, ¿verdad, Cristóbal?

—¿En dónde está el cielo, señorita?

—Está allí arriba—respondió Margarita señalando al cielo con el dedito—, allí, muy lejos, Cristóbal. Las estrellitas viven en el cielo. Solía yo pensar que eran los ojos de los ángeles, pero Mariana dice que soy tonta cuando digo eso.

—Me gustan mucho las estrellas—dijo el niño.

—Sí—respondió Margarita—, y a mí también; y tú las verás todas cuando vayas allí a los cielos, Cristóbal; estoy segurísima.

—¿A qué se parece el cielo, señorita Margarita?—preguntó Cristóbal.

—¡Oh! es muy bonito, muy feliz—respondió Margarita—; llevan allí vestidos blancos, y las calles son de oro, Cristóbal; todo oro y muy brillante, y Jesús está allí. ¿No quisieras ver a Jesús?—añadió en voz baja.

—No sé—dijo Cristóbal, tristemente—; no sé mucho acerca de El.

—¿No amas a Jesús, Cristóbal?—preguntó la niña con mucha gravedad y con lágrimas en sus brillantes ojos—. ¡Oh! musiquito... ¿no amas a Jesús?

—¡No—contestó Cristóbal—, pues sé tan poco acerca de El.

—Pero entonces no puedes ir al cielo, si no amas a Jesús, Cristóbal. ¡Oh! lo siento mucho; no tendrás nunca un hogar, y ¿qué harás?

Y lágrimas amargas corrieron por las mejillas de Margarita.

Pero en aquel momento la voz de la niñera llamó a los niños, pues era la hora de comer.

Cristóbal siguió su camino muy pensativo. Estaba pensando en las palabras de Margarita y en sus lágrimas. "No podrás ir al cielo, si no amas a Jesús—, había dicho—, y entonces nunca tendrás hogar."

Era un pensamiento nuevo para Cristóbal y un pensamiento muy solemne. ¡Oh! acaso nunca iba a saber nada del cielo, del hogar que a su madre gustaba tanto!

Y entonces se acordó de Simón, su viejo y querido amo, a quien sólo tendría otro mes en este mundo. ¡Oh! ¡él no amaba a Jesús! Nunca había mencionado su nombre. Y si muriese, y en vez de ir al cielo se fuera al otro lugar, ¡al infierno! Cristóbal había oído del infierno; no sabía mucho acerca de él, pero suponía que sería para muy mala gente.

Una cosa le parecía cierta: que debería contar a su amo todas las palabras de Margarita. Pudiera ser—pensó—que amase a Jesús, aunque nunca le había hablado de El, y deseaba mucho que fuese así. Anhelaba que llegase la noche para ir a casa y preguntárselo. El tiempo, por la tarde, se hizo más caluroso y sofocante que por la mañana, y el muchacho se sentía muy cansado. El organillo era pesado, y hoy le pareció pesar más que nunca; se vió obligado a sentarse para descansar en el umbral de una casa, en una callejuela no muy lejos del patio en que vivía Simón.

Mientras que estaba sentado allí, con el organillo apoyado en la pared, dos mujeres se pusieron enfrente de él; y después de saludarse la una a la

otra con mucho cariño, empezaron a hablar, y Cristóbal pudo oír todas las palabras que decían.

—¿Qué edificio será aquél?—preguntó una de ellas, mirando al otro lado de la calle.

—¡Oh! ésta es nuestra nueva capilla, señora—respondió la otra—; un Pastor viene siempre para predicar los domingos por la noche. Me gusta mucho oirle; lo pone tan claro, que se puede entender todo lo que dice.

—¿Qué es lo que expone tan claramente? ¿Qué quiere usted decir, Juana?

—¡Oh, habla con tanta claridad del cielo y del camino para él; es decir, cómo podemos ir allá! Y acerca de Jesús, y lo que El ha hecho por nosotros, pecadores perdidos... ¡Es muy buen hombre ese don Pedro! Cuando nuestro hijo Tomasito cayó enfermo, él vino a verle; ¿le conoce usted, Aquilina?

—No señora, es fácil que vaya mañana. ¿A qué hora empezará el culto?

—A las ocho de la noche—, respondió doña Juana—; y no se cuide usted de la ropa; todos los que asisten allí son pobres como nosotras.

—Pues, bien, iré; ¡adiós, hasta mañana!

—¡Hasta mañana, vaya usted con Dios!—Así se alejaron las dos.

Cristóbal había oído todo, y resolvió firmemente ir a la capilla a la noche siguiente; pues no debía diferir su indagación para los informes que Simón deseaba tanto. El primer día del mes ya había pasado.

—Señor Simón—, preguntó Cristóbal aquella noche—, ¿ama usted a Jesús?

—¡Jesús!—respondió el viejo—; no, Cristóbal; no puedo decir que le amo, aunque supongo que debería. La gente buena le ama, ¿verdad?

—Señor Simón—, dijo Cristóbal con solemnidad—, si usted no ama a Jesús, no podrá usted ir al cielo, y jamás tendrá usted un hogar; nunca jamás.

—¡Ay, Cristóbal! ¡ay de mí! Temo que sea verdad lo que dices. Cuando yo era un chiquillo, más chico que tú eres, oía hablar de estas cosas; pero no hacía caso, y ya he olvidado todo lo que sabía. He pensado mucho en ellas desde que caí enfermo, y de vez en cuando algunas palabras vuelven a mi memoria; pero no me acuerdo, por cierto, lo que se me decía. ¡Oh, Cristóbal, hijo mío, está mal hecho!... ¡acabóse todo para mí!

V

LA CIUDAD DE DIOS

Todo aquel día había estado muy bochornoso; hacía un calor atroz, como decía todo el mundo, y la noche le parecía a Cristóbal sofocante. Por largo rato no pudo dormir, y cuando, al fin, se durmió con un sueño intranquilo, un trueno terrible le despertó repentinamente, sacudiendo todas las paredes de la vieja buhardilla.

El pobre Simón se incorporó en la cama, y Cristóbal se acercó a su lado.

Era una tempestad horrorosa; los relámpagos brillaban en el cuarto por todos sus rincones, y mostraron al niño la cara pálida y temblorosa del pobre Simón. Luego volvió a quedar a obscuras, y otra vez se oyó el horrisono estallido de los truenos, que parecía el ruido de casas derrumbadas, haciéndole temblar desde la cabeza hasta los pies. Cristóbal nunca había oído una tempestad tal, y tenía mucho miedo; se arrodillaba muy cerquita de su

amo, que ponía su mano, temblando, sobre la suya.

—¿Tiene usted mucho miedo, señor Simón?—preguntó al fin, cuando otros relámpagos más vivos hubieron alumbrado el cuartito.

—Sí, hijo mío—dijo Simón—, y no sé por qué; yo no solía temer una tempestad; pero... pero... ¡esta noche sí que la temo!...

El niño no respondió, y el viejo siguió:

—El relámpago me parece que Dios está mirándome, Cristóbal; y el trueno me parece la voz de Dios, y tengo miedo de El. No le amo, Cristóbal, no le amo.

Y entonces relampagueó y tronó casi simultáneamente, y todo el cuerpo de Simón se estremeció.

—No quisiera morir esta noche, Cristóbal—, dijo—; y el relámpago me parece estar tan cerca, que me penetra hasta el fondo de mi corazón. Cristóbal, hijo, dime: ¿sabes lo que es el *pecado*?—añadió en voz baja y temblorosa.

—Sí, señor—; respondió Cristóbal—. Es el hacer cosas malas, ¿verdad?

—Sí—dijo Simón—; y yo he hecho muchísimas de ellas, Cristóbal; es el tener malos pensamientos, y yo he tenido muchísimos; es el decir malas palabras, y yo he dicho muchísimas; pero nunca he hecho caso de ellas hasta ahora.

—¿Por qué piensa usted en ellas tanto esta noche, señor Simón?

—Porque he tenido un sueño, hijo; y lo que soñé, me ha hecho temblar.

—Cuéntemelo usted, se lo ruego.

—Pues bien, estaba pensando en lo que me dijiste de amar a Jesús; y cuando quedé dormido, me figuré que estaba de pié delante de una puerta hermosa, una puerta de oro, Cristóbal, y sobre la puerta había algo escrito en letras resplandecientes. Las leí con mucho cuidado, y eran: *Mi hogar, mi dulce hogar*, y ¡oh, Cristóbal! me dije: "¡Al fin lo he descubierto. Quisiera que Cristóbal estuviese aquí!" Pero, precisamente, en aquel momento alguien abrió la puerta, y me dijo: "¿Qué quieres, viejo?" "Quiero entrar, estoy muy cansado y quiero estar en casa." Pero cerró la puerta, diciéndome con voz seria y triste: "El pecado no puede entrar aquí, Simón; el pecado nunca puede entrar aquí." Y ¡oh Cristóbal, hijo mío!, me sentí como si no fuera nada más que todo pecado; de modo que me volví y me alejé entre tinieblas. Entonces vino el trueno, y desperté con sobresalto. ¡Nunca lo olvidaré, Cristóbal, nunca lo olvidaré!—dijo Simón.

Y cuando cesó de hablar, el relámpago brilló y el trueno rugió, haciéndole temblar nuevamente.

Cristóbal no podía consolarle, pues él también tenía mucho miedo; pero pegándose a su lado, no le dejó hasta que la tempestad se hubo calmado, y no se oía más ruido que el producido por la lluvia que caía en el techo de la buhardilla; entonces volvió a su camita, y pronto quedó dormido.

A la mañana siguiente, todo lo que había sucedido le parecía un sueño. El sol estival resplandecía en todo su esplendor, cuando Cristóbal se levantó y abrió la ventanilla del cuarto. Ahora todo estaba fresco y limpio con la lluvia de la noche, y los pichones se arrullaban sobre el tejado. Era domingo, y por la noche Cristóbal iba a oír predicar al Pastor en la capilla. ¡Oh! cuánto deseaba que las ocho hubiesen dado ya, para ir allí y descubrir lo que Simón tanto ansiaba saber.

El pobre viejo estuvo muy inquieto y descontento todo aquel día. Cristóbal no le dejaba, pues

solamente los domingos podía estar a su lado. Muy claramente vió que Simón no se había olvidado de su sueño, aunque no volvió a hablarle de él.

Las horas pasaron, y el día, tan largo y triste, se acercaba a su fin; cuando dieron las seis. Cristóbal se lavó y se peinó con mucho cuidado para asistir al culto.

—Acuérdate de cada palabra que diga, hijo mío—dijo Simón—, y cuéntamelo todo.

Se acababa de abrir la capilla, cuando Cristóbal entró. Una mujer estaba encendiendo los quinqués y colocando los bancos y las sillas. El niño se quedó a la puerta y echó una mirada por la sala, hasta que la mujer le vió y le mandó que se fuese.

—¿No habrá culto aquí esta noche?—preguntó Cristóbal tristemente.

—¡Oh! has venido al culto, ¿verdad?—dijo la mujer—; pues puedes entrar, hijo mío; pero tendrás que estar quieto, y no has de hablar ni hacer ruído.

No teniendo nadie con quien poder hablar, este aviso no le pareció muy necesario; sin embargo, entró y se sentó en uno de los bancos de frente.

Entonces los de la congregación empezaron a acudir: viejos y jóvenes, madres con niñitos en sus brazos, viejas envueltas en mantones, matrimonios, gente de todas clases y todos caracteres; desde la mujer del tendero, tan respetable y bien puesta, hasta la niña llena de andrajos que se sentó al lado de Cristóbal.

Cuando dieron las ocho, se abrió la puerta y el pastor entró. Cristóbal no podía apartar de él los ojos, y escuchaba cada una de sus palabras con mucha atención. Y ¡oh! cuánto le agradaron los cánticos, especialmente el segundo.

Una joven que se sentaba junto a él cantaba muy claramente, de modo que pudo oír cada palabra del himno.

—¡Oh! si pudiera recordarlo para repetírselo a Simón—, dijo Cristóbal para sí.

El himno era como sigue:

En la ciudad de Dios
No cabe el pecador.
Puro es su brillo,
Puro es su brillo,
Sin mancha es su fulgor.
Perdona con bondad
Al pobre pecador.
¡Lava mis culpas,
Lava mis culpas,
Bendito Salvador!
Tu hijo quiero ser
Por siempre, mi Señor.
Tú eres mi amparo,
Tú eres mi amparo,
Contra el vil tentador.
¡Oh! cuando arriba esté
Salvado por tu cruz,
Pura y sin mancha,
Pura y sin mancha,
Veré tu hermosa luz.

Y después del himno, vino el sermón.

El texto se hallaba en Apocalipsis 21, 27 "No entrará en ella ninguna cosa inmunda."

Habló el Pastor de la ciudad celestial, de la cual acababan de cantar: la ciudad brillante y hermosa con sus calles de oro y puertas de perlas. Habló del río del agua de vida, y de los árboles que pue-

blan sus riberas. Habló de los que viven en aquel lugar tan feliz, de sus vestidos blancos y coronas de oro, de los dulces cánticos que cantan allí y del gozo que resplandece en sus caras.

El ministro también les dijo que en aquella ciudad hermosa nunca se encuentra el pecado; nunca se oyen ni se ven lágrimas, ni suspiros, ni penas. Tampoco existen allí hambrientos, pies cansados, sol abrasador, helada penetrante ni nieve. No hay allí ni enfermedad ni muerte; los funerales de los ricos y el entierro de los pobres no se conocen en aquel lugar feliz.

El más perfecto amor reina siempre allí; no hay riñas, ni rencillas, ni palabras de enfado o murmullos mal sonantes que turben la paz y el gozo de aquella ciudad. Y todo esto para siempre, sin miedo de que concluya, sin tristes temores para el porvenir, ni sombrías despedidas. Una vez llegado allí, salvo para siempre, un descanso eterno con Dios...

—¿Quisiérais ir allí?—preguntó el Pastor.

—¿Que si quisiera ir allí?—se dijo Cristóbal—; ciertamente que sí; yo, y Simón, y todo el mundo.

—No entrará en ella ninguna cosa inmunda—continuó el Pastor—; sus puertas están cerradas al pecado. Amigos míos, si hay un solo pecado en vuestras almas, las puertas del cielo os están cerradas. Ninguna cosa inmunda, ningún pecador puede entrar allí. Aunque en toda mi vida no hubiera pecado; aunque en toda mi vida no hubiera hecho cosa mala, ni hablado malas palabras, ni tenido un mal pensamiento; aunque durante toda mi vida hubiera cumplido todos mis deberes con puntualidad y perfección, si esta noche pecara yo una vez, este pecado, por pequeño y ligero que fuese, bastaría para echarme de la presencia de Dios para siempre jamás. A

causa de este pecado las puertas del cielo estarían cerradas para siempre: ningún alma manchada entrará en aquella ciudad hermosísima.

—¿Habrá alguno en esta sala que diga que sólo ha pecado una vez?—preguntó el Pastor—. ¿Habrá alguno aquí que pueda decir que sólo *un* pecado pesa sobre su alma?

Y por toda respuesta un ligero murmullo circuló por la sala, un murmullo de acongojados suspiros arrancados por sus acusadoras conciencias.

—No—dijo él—, no hay uno aquí que diga que nunca ha pecado; pues hemos pecado mil veces, y cada pecado parece una mancha negra, una mancha de tinta en el alma.

—¡Oh!—se dijo Cristóbal, cuando oyó estas palabras—¿qué haremos el señor Simón y yo? ¡Oh! ¿qué haremos?

Y los pensamientos de Cristóbal volaron a la buhardilla solitaria y recordaron la cara triste y pálida del viejo Simón.

—Era verdad—se dijo—todo lo que la señorita Margarita me contó, y el sueño de Simón es también verdad, todo verdad.

Si Cristóbal hubiera escuchado, hubiera oído más; habría oído hablar del camino a los cielos, del medio por el cual los pecados son limpiados; pero su mente estaba llena de lo que ya había oído, y cuando volvió a escuchar al Pastor, estaba éste diciendo a los oyentes que predicaría otra vez el domingo siguiente, y les explicaría más claramente que ahora, pues la hora no le permitía más, el camino por el cual podremos entrar por las puertas de la ciudad.

Cristóbal volvió a su casa muy lentamente y lleno de pesares, pues temía encontrar los ojos ansiosos y escudriñadores de Simón; y cuando al fin llegó

a la buhardilla obscura, se sentó a su lado, y le dijo tristemente:

—Señor Simón, el sueño de usted es todo verdad, lo he oído muchas veces esta noche; el Pastor ha predicado las mismas cosas, y las hemos cantado, así que no puede ser una equivocación.

—Cuéntamelo todo, hijo mío—dijo Simón.

—¡Oh, señor, es un lugar tan hermoso! Si usted pudiera ir allá estaría tan bien y tan contento y tan cómodo; pero ¡oh!, señor Simón, dice que no entra el pecado allí.

—Entonces, ¡mala suerte me aguarda, Cristóbal! —dijo el viejo—; todo se ha acabado para mí.

Y muchas horas después, cuando Cristóbal creía que Simón estaba dormido, oyó su voz temblorosa que repetía muchas veces: "¡Sus puertas están cerradas al pecado!"

Mas otro oído escuchaba también la voz de Simón aquella noche. El que está a la puerta pronto para abrir a cuantos llaman, había oído los gemidos del viejo e iba a darle paz.

El sabía los pesares que oprimían su corazón, y pronto le diría con acentos de amor y ternura: "Con todo mi corazón quiero que entres aquí."

VI

EL CAMINO AL HOGAR

MUY larga y muy triste les pareció toda aquella semana a Simón y Cristóbal.

El viejo habló muy poco, murmurando de cuando en cuando las palabras del himno, o diciendo de un modo desesperado:

—¡Ay de mí, Cristóbal, acabóse todo para mí, no hay casa para mí en los cielos!

Nunca ya tocó su organillo. Cristóbal salía con él de día, pero por la noche permanecía olvidado en su sitio junto a la pared. Una sola vez Cristóbal empezó a tocar el manubrio para consolar a su amo, pero éste le dijo con amargura:

—No toques eso, Cristóbal, hijo mío; no hay lugar para mí en los cielos, nunca tendré casa ya.

No había para Simón nada que le consolase; aun su viejo organillo parecía haberse vuelto contra él, su querido organillo al que había amado tanto, aumentaba su desgracia. El médico volvió a visitarle,

pero dijo que nada podía hacer y que toda la medicina del mundo no le restablecería.

¡Qué cosa tan terrible para el pobre Simón! Cada día se sentía más enfermo y débil, cada día se acercaba más a su fin; pero ¿a dónde, ¡oh! a dónde iría? El viejo y el niño contaban los días con mucha ansia, anhelando que llegara el domingo para oír algo sobre el camino de la ciudad celestial, y si había alguna esperanza de que el alma de Simón pasase de este mundo de pecado al otro, al dulce hogar en los cielos.

Al fin llegó el domingo. Hacía muy mal tiempo: la lluvia caía abundante, rugía el viento, de modo que asistió muy poca gente al culto; pero el Pastor vió en las caras de esos pocos el deseo de oír, y supo que no era mera curiosidad la que los había llevado allí, sino que anhelaban aprender más acerca de la palabra de Dios. Levantó su corazón en oración ferviente, para que por el Espíritu Santo el sermón que iba a predicar fuese para provecho y bendición de muchos de los oyentes. Todo estaba en silencio cuando citó su texto, y Cristóbal tenía los ojos fijos en él, escuchando con avidez sus palabras.

El texto era: "La Sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado".

El Pastor empezó recordándoles lo que les había dicho el domingo anterior de la ciudad hermosa a donde anhelaban llegar, y de la primera estrofa del himno que habían cantado.

Y entonces preguntó con ternura y solemnidad:

—¿Hay alguién aquí que haya venido esta noche deseando saber algún camino, por el cual un pobre pecador pueda entrar en la ciudad? ¿Estará tal hombre, tal mujer, tal niño aquí?

—Sí—se dijo Cristóbal—, yo soy.

Con la ayuda de Dios procuraré enseñaros el camino—continuó el Pastor—. Yo he pecado, vosotros habéis pecado. Un solo pecado basta para echarnos de los cielos para siempre; pero hemos pecado, no solamente una vez, sino mil veces, millares de veces; nuestras almas están negras por el pecado. Pero aún hay una cosa, y solamente una, por la cual el alma viene a quedar blanca como la nieve. Mi texto os dice cuál es: "La sangre de Jesucristo".

Entonces siguió explicando cómo la sangre de Jesucristo puede limpiarnos de todo pecado. Habló de la muerte de Jesús en el Calvario, y del manantial abierto para lavar el pecado y la inmundicia. Les explicó que siendo Jesús el Hijo de Dios, la sangre que darramó en la cruz es de infinito valor, y que desde aquel día miles de miles habían venido a la fuente para ser limpiados de sus pecados; y todo el que había sido lavado, había quedado blanco como la nieve. Les dijo que estos pecadores perdonados llegaron a las puertas de perlas, y que éstas fueron abiertas para que entrasen, pues no había ninguna mancha en sus almas, porque estaban exentos de pecado. Y entonces exhortó fervientemente a sus oyentes a venir a aquella sangre preciosa para ser lavados y limpiados. Les rogó que recordasen la segunda estrofa:

¡Perdona con bondad
Al pobre pecador!
¡Lava mis culpas,
Lava mis culpas,
Bendito Salvador!

—Hay una palabra en mi texto—continuó el ministro—de muchísimo consuelo: esta es la palabra

todo, todo pecado. Esto incluye *toda* mala palabra, *todo* mal pensamiento, *toda* mala acción; incluye el pecado más terrible, la mancha más obscura, la más negra. No hay pecado, por grave que sea, que la sangre no pueda cubrir y perdonar. Cada alma que se encuentra en esta capilla o está salvada o no lo está; o está limpia o no lo está; permitidme, pues, haceros, amados amigos míos, una pregunta muy solemne: "¿Deseáis perseverar en el pecado, o, por el contrario, aceptáis la salvación por la sangre de Jesús?" ¿Estáis perdonados, o no lo estáis? Preguntaos a vosotros mismos, ¿cómo estáis?

El Pastor se paró un momento después de decir esto, y un silencio profundo reinó en toda la capilla, mientras los oyentes escudriñaron sus corazones y se preguntaron: "¿Estoy yo manchado de pecado o estoy perdonado?"

El pequeño Cristóbal repitió desde lo más profundo de su corazón:

"¡Lava mis culpas,
Lava mis culpas,
Bendito Salvador!"

El Pastor concluyó su sermón, rogándoles que acudiesen a la fuente abierta para que fuesen limpios. ¡Oh! cuán ardientemente los suplicó que no tardasen más, sino que dijesen *ahora*: "¡Perdona con bondad al pobre pecador!"

Los rogó que fueran a sus casas, y que arrodillándose a solas en su cuarto, dijeran a Cristo todo: sus malas naturalezas y sus pecados, suplicándole que los cubriese con su preciosa sangre, para que aquella misma noche se acostasen más blancos que la nieve.

¿Quieres tú hacer esto?—preguntó el Pastor—; ¿y tú? ¿y tú?

Y Cristóbal respondió en su corazón: "Sí, yo iré a Cristo esta noche."

Cuando los asistentes salieron de la capilla, el Pastor don Pedro estaba a la puerta, y dirigía una palabra de bondad a cada uno de ellos al desfilar. Estaba muy cansado, pues había predicado con mucho fervor; y después de mucha oración, anhelaba ahora saber si sus palabras habían sido para provecho y bendición de algún alma.

Algunos de los concurrentes tenían las caras pensativas y serias, y cuando pasaron, levantó el Pastor su corazón en una oración ferviente, pidiendo que la semilla sembrada en aquellas almas brotase y llevase mucho fruto.

Pero otros de los asistentes ya habían empezado a hablar con sus vecinos, al parecer olvidando todo lo que acababan de oír, y estos entristecieron el corazón del joven Ministro del Evangelio, que se preguntó: "¿Se ha perdido la simiente? ¡Oh, Señor, riégala, te suplico!"

Estaba muy cansado; y cuando el cuerpo está quebrantado, la fe suele ser débil también. Pero había algo en la cara de Cristóbal cuando salió, que le movió a hablarle; de modo que le llevó aparte.

Había observado la atención del niño durante el sermón, y quería saber si había entendido lo que había oído.

—Hijo mío—dijo con bondad—, ¿puedes repetirme el texto de mi sermón de esta noche?

Cristóbal lo repitió exactamente, y aquél pareció estar muy contento. Le hizo algunas preguntas acerca del sermón, y, hablándole con bondad, se ganó su confianza. Cristóbal le habló de Simón, su viejo

amo, a quien sólo quedaba un mes en este mundo, y que deseaba saber cómo podría ir al dulce hogar en los cielos. Don Pedro prometió que iría a visitarle, y escribió sus señas en una pequeña cartera de cordobán. Antes que saliese Cristóbal a su casa, el Pastor se arrodilló con él en un rincón de la vacía capilla, y pidió que aquella misma noche el bendito Señor lavase el alma de Cristóbal en su preciosa sangre.

El niño salió pensativo, pero también con alegría, pues tenía buenas noticias para su amo; y cuando se acercó al patio, apresuró el paso y subió las escaleras corriendo para contarlo todo al pobre viejo.

—¡Oh!, señor Simón—dijo Cristóbal—, he pasado muy buen rato. ¡El sermón era tan hermoso, y el Pastor ha estado hablándome, y muy pronto vendrá a ver a usted! ¡Viene aquí, señor Simón, a esta casa!

Pero Simón deseaba mejores noticias que éstas, y preguntó: "¿Y que hay del hogar, del dulce hogar en los cielos?"

—Hay un camino, señor—respondió Cristóbal—: ni usted ni yo podemos entrar allí con nuestros pecados; pero "la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado." Esto está en la Biblia, y ha sido el texto del sermón.

—Cuéntamelo todo—dijo Simón con voz trémula.

—No hay nada más que la sangre de Jesucristo que pueda limpiar el pecado, señor Simón—dijo Cristóbal—, y sólo tenemos que acudir a El y pedirle, y El nos limpiará esta misma noche; el Pastor me lo ha dicho y he aprendido otra estrofa del himno.

Y arrodillándose a su lado, repitió con reverencia:

¡Perdona con bondad
Al pobre pecador!
¡Lava mis culpas,

Lava mis culpas,
Bendito Salvador!

Simón repitió las palabras con voz débil, y entonces dijo:

—Oh Cristóbal, hijo, quiero que El me lave a mí.

—Y El lo hará, estoy segurísimo; pues nunca echa fuera a nadie que a El acude.

—¡Ah! pero yo soy un viejo, Cristóbal; ¡y he sido tan pecador toda mi vida, y he hecho algunas cosas tan malas, Cristóbal! Nunca he pensado en ellas hasta esta última semana; pero ahora siento que soy pecador, bien lo sé. No creo que lavará *mis* pecados, ¡pues son tan graves!

—Sí, sí los perdonará—respondió el niño con fervor—; esto es precisamente lo que dijo el Pastor. Hay una palabra en el versículo para usted, señor Simón: "La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de *todo* pecado." *Todo* pecado, *todo* pecado, señor Simón, ¿no basta esto para usted?

—¡*Todo* pecado—murmuró el viejo—, *todo* pecado!... Sí, Cristóbal, creo que esto me basta.

Hubo una pausa después de estas palabras, y entonces Cristóbal dijo súbitamente:

—Señor Simón, vayamos nosotros a El ahora para rogarle que nos limpie.

—¿Para pedir a quién?—preguntó el viejo—. Al señor pastor, ¿verdad?

—No—dijo Cristóbal—, al Señor Jesús; El está en este cuarto, así me dijo el pastor. Le pediremos ahora que nos limpie, ahora mismo, señor Simón.

—Sí, Cristóbal, pidámosle ahora.

Entonces el viejo y el niño se arrodillaron, y sin-

tiendo en verdad la presencia del Señor, Cristóbal oró.

"Oh, Señor Jesús, venimos a Ti, yo y el señor Simón; tenemos muchísimos pecados para ser lavados, pero el Pastor dijo que Tú no nos echarías fuera, y el texto dice *todo pecado*. Creemos que esto nos comprende a nosotros, ¡oh, Señor Jesús! al señor Simón y a mí. Te pido que Tú nos pongas muy blancos, pues quisiéramos ir al hogar, al dulce hogar de los cielos. ¡Oh, lávanos en tu sangre esta misma noche! Amén."

Entonces el viejo Simón tomó la palabra, y añadió con voz trémula:

—Amén, Señor Jesús. ¡Lávanos a ambos, a Cristóbal y a mí! ¡Ponnos blancos como la nieve, te lo ruego! Amén.

Y entonces, levantándose, Cristóbal dijo:

—Ahora podemos acostarnos, señor Simón, pues estoy seguro que El lo ha hecho.

Así "El que está a la puerta", recibió al achacoso viejo y al pequeño niño, conforme a su promesa: "Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá"; y habiendo entrado ambos, oyeron en el fondo de sus corazones una voz que les hablaba en tono de amor y cariño.

VII

LAS CAMPANILLAS BLANCAS DE MARGARITA

La mañana siguiente Cristóbal despertó con su corazón lleno de alegría, pues se acordaba de la oración de la noche; y en la sencillez de su fe creía que el Señor había hecho lo que le pidió, y así estaba seguro de que la sangre de Jesucristo le había limpiado de todos sus pecados. Pero las dudas y los temores volvieron a atormentar a Simón; empezó a mirar dentro de sí en vez de mirar a Jesús, y el recuerdo de su pecado le pesaba terriblemente. ¡Oh, si muriese con un pecado en su alma! ¡Oh, si las puertas de perlas le estuviesen cerradas! ¿qué haría?

—Cristóbal, hijo, no creo que todo marche bien para mí todavía—dijo con ansia.

—¿Y por qué no, señor Simón?—preguntó el niño.

—¡Porque he sido tan malo, Cristóbal! Me parece

que no me perdonará tan deprisa como eso! ¡Hay tanto pecado en mi alma!

—Pero usted se lo ha pedido, ¿verdad, señor Simón?

—Sí, de verdad que se lo he pedido, Cristóbal—respondió el viejo en tono desesperado.

Y El ha dicho que lo haría, con tal que se le pidiese, ¿verdad?

—Sí, Cristóbal, creo que lo ha prometido.

—Entonces, por supuesto, lo ha hecho.

—No lo sé, hijo mío; no lo siento en mi corazón—, dijo Simón en tono melancólico—; me parece que no lo veo como debería.

Así, mientras que el niño andaba en la claridad del sol de justicia, el viejo andaba a tientas, esperando algunas veces, temiendo otras y no confiando nunca.

Cristóbal hizo otra visita a la hermosa casa de las afueras aquella semana. La pequeña Margarita y su madre salían de la casa, cuando Cristóbal llegó a la puerta. Cuando la niñita le vió con el organillo, corrió con alegría hacia él y rogó a su mamá que se detuviese un poco para dar al manubrio—. Solamente seis veces—dijo. La señora habló a Cristóbal con mucho cariño y le hizo varias preguntas y él le habló del viejo Simón, diciéndole cuán malo se hallaba, y que el médico decía que no viviría otro mes. Las lágrimas asomaron a los ojos de la señora, y sacando una cartera de apuntes de su bolsillo, escribió en ella las señas de la casa en donde vivía.

Mamá—dijo Margarita—, quiero hablarte al oído un secreto, mamá.

La señora se inclinó para escuchar, y luego dijo con ternura:

—Sí, buena hija, puedes hacerlo, si gustas.

Margarita corrió a escape a la casa, y pronto volvió con un ramillete de campanillas blancas, hermosísimamente arreglado con ramitas de mirto. ¡Cuán blancas y puras parecían las flores en contraste con las hojas de verde obscuro!

—Mira, niño—, dijo Margarita poniéndolas en sus manos—, éstas son mis queridas flores; mi tía me las dió, y yo se las regalo al señor Simón. Le gustarán, ¿verdad?

—¡Oh! sí, ya lo creo—, dijo Cristóbal con gozo.

—Margarita—dijo su madre—, debes enseñar a Cistóbal la oracioncita que te he enseñado para decirla, cuando mires las campanillas blancas.

—Sí—respondió la niña—, te lo diré, Cristóbal. Es: "Lávame y seré emblanquecido más que la nieve."

Cristóbal respondió con una sonrisa.

—¿Quieres decirme aquella oración, Cristóbal?—preguntó la señora bondadosamente.

—Sí, señora—dijo Cristóbal—, es precisamente la que dijimos anoche el señor Simón y yo; la he oído cantar en el culto.

La señora pareció muy contenta cuando oyó esto, y sonrió dulcemente, diciéndole:

—¡Cuánto me alegro oir que sabes algo del modo por el cual podemos ser lavados, blanqueados como la nieve! Estas campanillas siempre me recuerdan las almas emblanquecidas en la sangre de Jesús.

Entonces la señora y su hijita siguieron su paseo, y Cristóbal miró sus flores con amor y ternura. ¡Cuánto las amaba! Volvióse a su casa enseguida, pues quería llevarlas a Simón en toda su belleza y frescura, y sabía que se marchitarían muy pronto. ¡Cuán bonitas, limpias y puras le parecieron! ¡Qué contraste con el humo y la suciedad del

ruidoso patio! Casi temía que el aire impuro las manchase antes de que las enseñara a Simón. Algunos chicos corrieron detrás pidiéndole una flor, pero guardó su tesoro con mucho cuidado hasta llegar a la buhardilla.

Y cuando abrió la puerta, ¿quién se hallaba dentro? Pues el Pastor don Pedro, sentado al lado de Simón y hablándole muy seriamente. Se paró un momento para dirigir a Cristóbal una palabra de bondad, y luego siguió en lo que estaba diciendo de Jesús y de la sangre que limpia de todo pecado.

—No veo que todo marche bien para mí—, dijo Simón dolorosamente—, todavía me parece muy obscuro y confuso. No creo que soy salvo todavía; no me siento feliz.

—Simón—preguntó don Pedro de repente—, ¿cree usted que yo mentiría?

—No señor, estoy seguro que no; lo sé por la cara de usted que no miente, si no lo supiera de otra manera; no, señor; me confiaría a usted en cualquiera parte.

—Pues bien, Simón—dijo don Pedro, sacando un duro de su bolsillo—, he traído esto para usted. Ahora no puede usted trabajar, necesita muchas cosas que no puede comprar; regalaré a usted este dinero para conseguirlas.

—Muchísimas gracias, señor—dijo Simón con las lágrimas corriendo por sus mejillas—, nunca podré agradecérselo a usted como merece, porque somos muy pobres Cristóbal y yo.

—Espere usted, espere—exclamó el pastor—, todavía no es de usted, hay que tomarlo.

Simón alargó su mano arrugada y trémula, y tomó el duro, volviendo a murmurar sus gracias.

—¿Siente usted que lo tiene en la mano, Simón?—preguntó don Pedro.

—Sí señor, aquí le tengo.

—¿Está usted seguro de ello?—volvió a preguntar.

—Sí señor—replicó el viejo muy sorprendido.—Sé que lo tengo. ¿Qué es lo que usted quiere decir, señor?

—Se lo diré a usted—dijo el Pastor—. Nuestro querido Señor Jesús ha venido a usted precisamente como yo he venido; ha traído un don para usted, como yo he hecho. El don de Jesucristo le ha costado mucho más caro que el mío, pues le ha costado su vida. El se ha acercado a usted como yo me acerqué, y El le dice ahora como yo he dicho: "Simón, puedes confiarte en mí; ¿piensas que Yo te engañaría?" Y después alarga su mano con el don, exactamente como yo he hecho con el duro, y le dice: "Tómale, Simón, es para tí." Pues bien, Simón, ¿qué tienes tú que hacer con este don? Precisamente lo que hiciste con el mío; no has de trabajar por ganarle, ni esperar para recibirle, tienes que alargar tu mano para tomarle. ¿Sabes qué es ese don?

Simón no respondió; así el Pastor continuó:

—Es el perdón de tus pecados, Simón; es el corazón limpio, por el cual suspiras; es el derecho de entrar en el *hogar, el dulce hogar*, por el que has estado orando, Simón; ¿quieres tomar este don?

—Quiero tomarle; pero no sé como—, dijo el viejo.

—¿Te paraste a pensar cómo habías de tomar mi don, Simón?

—No, señor, le tomé.

—Precisamente, amigo mío, eso es lo que has

de hacer con el don de Dios: solamente tomarle. ¿Me hubieras dado gusto, Simón, si hubieses alejado la mano diciéndome: "¡Oh, no señor, no lo merezco; no creo que usted me lo regalará! Todavía no puedo tomarle?"

—No—, dijo Simón—, eso no hubiera agradado a usted.

—Pues bien; esto es exactamente lo que haces al Señor Jesús, Simón. Está alargando la mano con su dádiva, y quiere que la tomes ahora mismo; pero le desmientes, diciendo: "No señor, no puedo creer lo que me dices, ni confiar en tu palabra; no puedo creer que el precioso don sea para mí, todavía no puedo aceptarle."

—Simón—, prosiguió el Pastor—, si puedes confiar en mí, ¿por qué no confiarás en Jesús?

Las lágrimas corrieron por las mejillas del viejo, y no podía responder.

—Voy a hacerte otra pregunta, Simón: ¿confiarás en el Señor Jesús ahora?

—Sí, señor—respondió Simón entre lágrimas—, no puedo menos de confiar en El.

—Pues bien, amigo mío, acuérdate que Jesús está en esta buhardilla muy cerca de tí, muy cerca de mí; muy cerca, Simón. Cuando le hablemos, oirá cada palabra que digamos, escuchará cada suspiro que demos, sabrá todo lo que deseamos.

—Pero antes de hablarle, Simón, escucha lo que te dice—, dijo el Pastor, sacando la Biblia de su bolsillo—. Estas son sus propias palabras: "Venid luego, dice el Eterno, y estemos a cuenta. Si vuestros pecados fueron como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueron rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana"; porque la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo

pecado. Simón, amigo mío ¿confiarás ahora en El? ¿Piensas que El mentiría?

—No, señor, estoy seguro que no.

—Pues bien, Simón, se lo diremos a El.

El Pastor se arrodilló al lado de Simón, y Cristóbal se arrodilló también, y el viejo juntó sus manos temblorosas mientras que oró el Pastor. Era una oración muy sencilla, y Simón repetía las palabras que el Pastor decía desde el fondo de su corazón; y cuando hubo concluído, el viejo siguió con sus manos juntas y los ojos hacia el cielo. "¡Oh, Señor Jesús, confío en Tí, tomo tu precioso don, creo en tu palabra!"

Entonces el ministro se levantó y preguntó:

—Simón, cuando tomaste mi duro, ¿qué hiciste?

—Dí a usted las gracias, señor.

—Pues bien, amigo mío, ¿no querrás ahora dar gracias al Señor por *su* don, el perdón de tus pecados?

—Oh, sí—dijo el viejo entre lágrimas de gozo que corrían por sus mejillas arrugadas—, quiero darle las gracias.

De modo que volvieron a arrodillarse, y en pocas palabras el Pastor agradeció al amado Jesús su amor y bondad al morir en la cruz, y haberle dado el perdón de sus pecados.

Y otra vez Simón continuó: "Te doy gracias, Señor Jesús, por tu don que te ha costado tu vida; ¡oh, Señor, te doy las gracias con todo mi corazon!"

—Ahora—dijo el Pastor levantándose para salir—, si Satanás viene mañana diciendo: "Simón, ¿crees que estás perdonado? puede ser una equivocación", ¿qué le dirás?

—Le diré mi texto—dijo Simón—. La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado."

—Eso es—, dijo el Pastor—; no podrá contestar a eso, y acuérdate de que el Señor quiere que *sepas* que eres perdonado, no que lo *sientas*. Hay mucha diferencia entre el *sentir* y el *saber*. Sabías que habías tomado mi duro, y no supiste lo que quise decir cuando te pregunté si sentiste que te lo había regalado. Sucede lo mismo con el don de Dios: tus sentidos no tienen nada que decir sobre tu seguridad; pero sí tu fe tiene mucho que decir. ¿Has creído lo que el Señor te ha dicho? ¿Has creído en El? Esto es la cuestión.

—Sí, señor, le he creído—dijo Simón.

—Entonces *sabes* que eres perdonado.

—Sí señor, ya puedo confiar en El.

Entonces Cristóbal se acercó a Simón, y poniendo las campanillas blancas en su mano, dijo:

—La señorita Margarita me las regaló, y me dijo que debería hacer una oracioncita cada vez que las mirara: "Lávame, y seré emblanquecido más que la nieve". Más blanco que la nieve, más blanco que la nieve, Simón; esa es una dulce palabra, ¿verdad?

—Sí—respondió el viejo con ardor, mirando las flores—, más blanco que la nieve, lavado y blanqueado en la sangre de Jesús.

Entonces el Pastor se despidió de él; pero cruzando el patio, oyó los pasos de Cristóbal, quien le seguía corriendo. Tenía en la mano alguna de las hermosas campanillas blancas, y una ramita de mirto obscuro, y le dijo:

—Dispénseme usted, señor; pero ¿si usted hiciera el favor de aceptar esto?

—Gracias, hijo mío—, respondió el caballero—; las tomaré con mucho gusto.

Y llevando las flores a su casa, le dieron una lección de fe. La simiente que había sembrado en

Dispénseme usted, señor; pero ¿si usted hiciera el favor de aceptar esto?

la capilla no había sido perdida, pues dos pobres pecadores habían acudido a Jesús para ser lavados y hechos más blancos que la nieve. El viejo y el niño habían creído a la Palabra del Señor; habían hallado el camino de la ciudad celestial, el camino *del hogar, el dulce hogar,* y Dios, en su infinito amor, le había permitido conocerlo. ¡Oh, de seguro confiaría en El en lo futuro!

VIII

HECHO APTO PARA EL CIELO

¡CUÁN diferentes parecieron todas las cosas a Simón, después que se hubieron alejado sus dudas y temores! La misma buhardilla le parecía estar llena de luz, y su corazón lleno de gozo. Estaba perdonado ya, y lo sabía, de modo que podía levantar los ojos hasta la cara de su Padre como un niño perdonado y contento. El corazón de Cristóbal había dejado su carga, pues su viejo amo estaba ahora tan feliz y contento; nunca se impacientaba durante sus largas ausencias con el organillo, ni se inquietaba ni estaba ansioso por su vida diaria. Habiendo echado en Jesucristo el peso de su pecado, no le era difícil dejar también en El todas sus cuitas, pues El, que había llevado la carga más grande, de seguro llevaría también la más ligera.

Simón no podía decir de palabra todo esto; pero su conducta plenamente lo probaba, y no se oían ni murmuraciones ni se sentían sombríos temores acer-

ca de lo futuro en aquella pequeña buhardilla. El viejo siempre tenía una dulce sonrisa y una palabra bondadosa, cuando el niño volvía cansadito por la noche.

Y cuando Cristóbal estaba fuera, se quedaba en su lecho muy quieto y pacífico, hablándose suavemente, o dando las gracias a su querido Señor Jesús, por haberle salvado y no haber sido engañado en su confianza, pues experimentó aquella promesa: "No serán desolados cuantos en El confían."

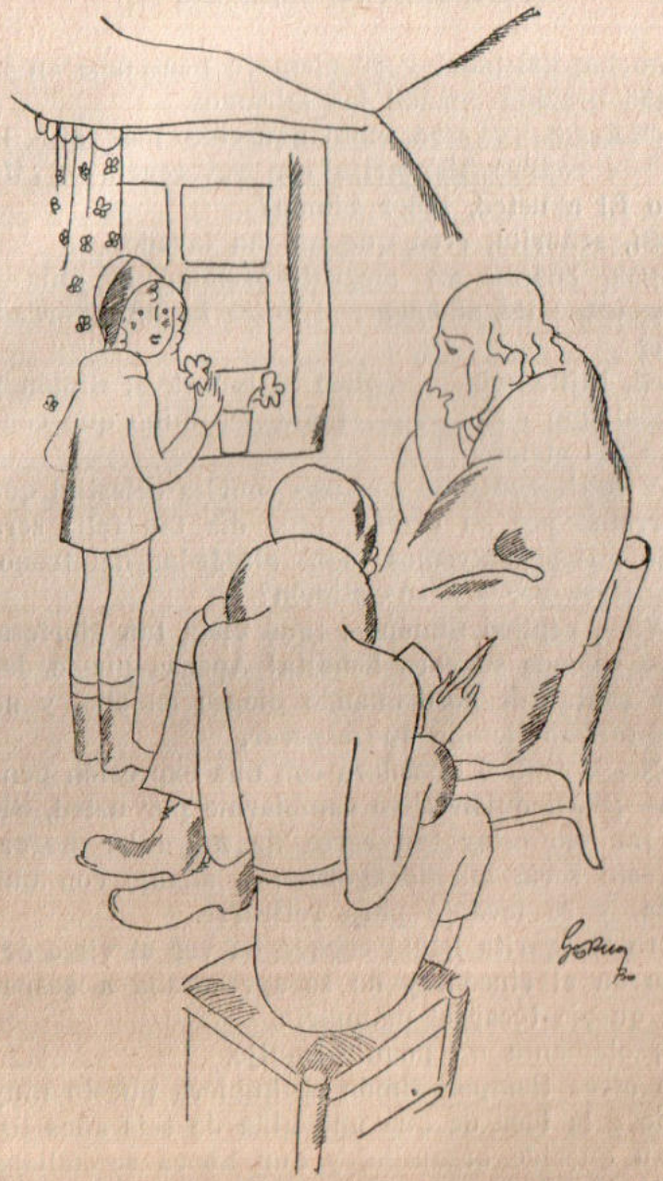
El duro del Pastor no era el solo regalo que recibieron aquella semana. Cristóbal había vuelto a casa al medio día para ver cómo se hallaba su amo, y se estaba preparando para salir otra vez, cuando oyó el suave movimiento de un vestido de seda en la escalera, y que alguien tocaba ligeramente en la puerta. La abrió enseguida, y entraron la pequeña Margarita y su madre. Habían traído muchas cositas para Simón, que la niña sacó de la cesta muy contenta; pero también habían traído lo que el dinero no puede comprar: dulces palabras y sonrisas de bondad para alegrar el corazón de Simón. La señora se sentó a su lado, y hablaron juntamente de Jesús y de su amor.

Ahora el viejo gozaba en hablar de Jesús, pues podía decir: "Me amó, y dió su vida por mí."

Entonces la señora sacó un Nuevo Testamento de su bolsillo, y leyó un capítulo a Simón. Tenía la voz dulce y clara, y leía tan distintamente, que el viejo entendía todas las palabras. Margarita se sentó muy quieta mientras leía su madre; luego se levantó y corrió a la ventanita.

—Aquí están mis campanillas blancas—, gritó con alegría—; ¿le gustan a usted, señor Simón?

—Ya lo creo, señorita—dijo el viejo—, me gus-



La señora leyó a Simón un capítulo del Nuevo Testamento...

tan mucho. Cristóbal y yo siempre pensamos en la pequeña oración cuando las miramos.

—"Lávame y seré emblanquecido más que la nieve"—, repitió Margarita con reverencia—. ¿Ha lavado El a usted, señor Simón?

—Sí, señorita, creo que me ha lavado.

—¡Oh, cuánto me alegro!—exclamó la niña—, porque usted irá *al hogar, al dulce hogar*. ¿Verdad, mamá?

—Sí, hijita mía—, replicó la señora—; Simón y Cristóbal han encontrado el único camino que conduce a los cielos.

—Y ¡oh!—continuó con una sonrisa celestial que se derramó por su cara—, ¡qué día tan feliz será cuando nos encontremos todos alrededor del trono! ¿No quieres ver a Jesús, Simón?

—Sí—, replicó Simón—, ¡qué vista tan gloriosa, cuando veamos su cara bendita! Apenas puedo dejar de cantar de gozo cuando pienso en ello, y no tendré mucho tiempo que esperar.

—No—, replicó la señora con una expresión pensativa—; casi quisiera yo cambiarme por usted, Simón, ¡anhelo estar tan cerca de mi dulce hogar! Pero esto sería mucho egoísmo—, añadió con una sonrisa, y se levantó para retirarse.

Pero Margarita había echado de ver el viejo organillo en el rincón, y no se apresuraba a despedirse; quería tocar el manubrio.

—¡Solamente un poquito!—dijo.

En otros tiempos Simón se hubiera puesto muy agitado a la idea de que una niña de seis años tocase su querido organillo, y aun ahora se hallaba algo inquieto cuando pidió permiso para hacerlo; pero sus temores se desvanecieron por completo cuando vió la manera lenta, pausada y cuidadosa

con que la niña empezó. Sabía que el instrumento saldría ileso de sus manecitas. Y la primera melodía que tocó fué: *Mi hogar, mi dulce hogar*, que sonó muy suave en los oídos de Simón.

No pensaba ya en su casa aquí, sino en la ciudad hermosa en donde pronto iba a estar, y la señora también pensaba en ella.

Cuando la canción hubo concluído, se despidieron de Simón y de Cristóbal, y éste salió a la ventanita para verlas cruzar el sucio patio y entrar en el carruaje que las esperaba en la calle. Había sido aquella una semana muy feliz para el viejo y el niño, y entonces llegó el domingo con otro culto en la capilla.

Cristóbal estaba allí desde muy temprano, y don Pedro, al entrar, le echó una mirada bondadosa, y dijo a los asistentes que quisiera cantasen el mismo himno, pues tenía algo que decirles sobre la tercera estrofa; de modo que después de cantar todo el himno, volvieron a cantar la tercera estrofa para que todos se acordasen de ella durante el sermón.

El texto se hallaba en Colosenses 1, 12.

"Demos gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz."

Lo leyó muy despacio y distintamente, y Cristóbal lo repitió en voz baja para poder enseñárselo a Simón: "Aptos para participar de la herencia de los santos."

—¿Qué es la herencia?—preguntó el Pastor—. Queridos amigos míos, nuestra herencia es aquella ciudad hermosa de que hemos estado hablando: la casa, el dulce hogar de nuestro Padre. Todavía no estamos allí; pero El la ha preparado y está preparándola para todos los que son lavados en su san-

gre, pues es nuestra herencia. ¡Oh! ¿cuántos habrá de los que veo aquí que tengan una casa más allá? Puesto que vuestras casas aquí son pobres y miserables, ¿serán éstas las únicas casas que tenéis? ¿No hay otra casa para tí, amigo? ¿No tienes casa en el cielo? ¿*Queréis* tener una casa allí? Pues podéis todos, solamente con venir a la fuente; sí, solamente con que digáis desde lo más íntimo de vuestros corazones: "Señor, lávame y seré emblanquecido más que la nieve."

Y el pequeño Cristóbal sonrió, cuando el Pastor dijo esta oracioncita, porque pensaba en las campanillas blancas.

Don Pedro vió la sonrisa, y también pensó en las flores. Entonces siguió diciendo que quería hablar especialmente a los que ya habían venido a Jesús, que ya habían llevado a Jesús sus pecados, para ser lavados en su preciosa sangre.

—Esto quiere decirlo por el señor Simón y por mí—pensó Cristóbal.

—"Queridos amigos míos—continuó el Pastor—, tenéis todos una herencia, pues sois hijos del Rey; hay un lugar en los cielos esperándoos; Jesús está preparando aquel lugar, y quiero enseñaros esta noche que tenéis que ser hechos aptos o idóneos para la herencia. Os lo pondré más claro con un ejemplo: El príncipe heredero de un país ha de ser un día rey. Todavía no lo es; mas lo será, porque el reino es su herencia. Desde que nació, tenía derecho a ella. Ha sido criado y educado con mucho esmero para que sea apto para su herencia, para que pueda gozarla, usarla y reinar sobre ella. Si no hubiera tenido educación; si hubiera sido educado en uno de aquellos patios sucios, no podría gozarla, aunque tuviera el más perfecto derecho a ella; se sentiría

extraño, incómodo y no sabría reinar como debiera. Así, hermanos, sucede con nuestra herencia. Luego que somos nacidos por el Espíritu, tenemos derecho a ella, somos hijos e hijas del Rey de los reyes. Pero tenemos que ser preparados y hechos aptos para la herencia, Tenemos que aprender el aborrecimiento del pecado, y adquirir el amor de todo lo que es puro y santo, y esto Dios lo obra en nosotros por el Espíritu Santo. ¡Oh, amigos, pedid esta noche que Dios os ayude a seguirle y a obedecerle!

"La obra del Espíritu Santo no se concluirá en un día. Vinísteis a Jesús para ser lavados de la mancha del pecado, y esto lo hizo de una vez; enseguida os dió el derecho a la herencia. Pero no podéis ser hechos aptos de una vez: poco a poco, hora tras hora, día tras día, el Espíritu Santo os dispondrá para la herencia, Seréis cada vez más parecidos a Jesús, aborreceréis más el pecado, amaréis más a Jesús y andaréis en pos de sus huellas. Empero, amigos, no penséis que el ser buenos os dará derecho a la herencia. Si yo me educara con todo el esmero del mundo; si fuera mil veces mejor que el príncipe heredero, esto nunca me daría derecho al trono. No, hermanos míos; el único modo con que es posible tener derecho a la herencia es la sangre de Jesús, como dice San Pablo: "Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús." No hay otro derecho ni otro camino. Mas después que el querido Señor nos ha dado derecho a la herencia, nos prepara también para ella. Un alma perdonada querrá siempre cumplir los mandamientos de Dios, y para saber lo que son sus mandamientos, tenemos que leer su Palabra. Un alma lavada deseará siempre guardar blancos sus vestidos. ¿No sucede así con vosotros? Pensad en lo que Jesucristo ha hecho por vosotros; os

ha lavado con su sangre, os ha redimido de vuestros pecados a costa de su misma vida. ¿Haréis, pues, las mismas cosas que le desagradan? De seguro que no; no seréis tan ingratos, ¿verdad? ¡Oh, no! Más bien responderéis con las palabras de la tercera estrofa del himno que ya hemos cantado, y por cierto le pediréis muy fervientemente que Dios sea vuestro amparo en toda tentación, y que El os santifique por su Santo Espíritu, que es el único que lo puede.

"Y cuando esté concluída la obra, cuando seáis aptos para la herencia, os llevará allí. No tendréis que esperar demasiado; unos son hechos aptos muy deprisa; otros tendrán que esperar más años, años muy pesados, de educación y disciplina; pero al fin todos los hijos del Rey estarán reunidos en su casa, y entrarán en su herencia. ¿Estaréis todos allí?"

Con las palabras de aquella pregunta don Pedro concluyó su sermón, y la pequeña congregación salió tranquilamente, volviendo cada cual muy pensativo a su casa. Cristóbal se detuvo a la puerta hasta que salió el Pastor, quien le hizo algunas preguntas acerca de lo que había oído, pues temía no haberse explicado con la claridad y sencillez que necesita la mente de un niño. Pero se alegró al ver que las verdades más importantes del sermón se habían grabado en el corazón de Cristóbal, y que podía llevar a Simón algo de lo que había oído, pues Dios le había enseñado; y cuando los corazones están preparados por el Espíritu Santo, la simiente lleva fruto para vida eterna. Dios los ha preparado para su Palabra, y prepara la Palabra para ellos. De modo que el que siembra, solamente tiene que echar la simiente sobre el terreno preparado y regarla con

oración: seguro de que nacerá, y llevará fruto a su tiempo.

El Pastor pensaba en estas cosas andando hacia su casa, y se acordó de lo que está escrito: "Dios le abrió el corazón a Lidia para que estuviese atenta a la predicación de Pablo."

—Esto es una palabra para mí, lo mismo que para mis oyentes—, dijo dentro de sí—. ¡Oh, Señor! ¡Haz que tu preparación anteceda siempre a cada una de mis palabras!

IX

LA ENTRADA DE SIMÓN EN LA CIUDAD

CRISTÓBAL, hijo mío—, dijo Simón aquella noche, después que el niño le hubo contado todo lo que recordaba del sermón, y le había repetido la tercera estrofa del himno—: Cristóbal, hijo mío, el Señor quiere que yo me prepare muy aprisa, mucho; sí, muy aprisa.

—¡Oh! no, señor Simón, espero que no—, respondió el niño—; tal vez no se vaya usted todavía.

—El mes casi ha pasado ya, Cristóbal; me parece que me acerco muy pronto a la ciudad, pronto entraré en *mi hogar, mi dulce hogar*. Casi veo la inscripción sobre la puerta.

Cristóbal no podía responder, y con la cabeza inclinada y la cara oculta entre las manos, se sentó junto a la cama; y al fin, a pesar de sus muchos esfuerzos para reprimirlas, prorrumpió en lágrimas que conmovieron el corazón de Simón. Colocó su arrugada mano sobre la cabeza del niño, pero no

podía dirigirle una palabra. Cuando el corazón está muy oprimido, el silencio consuela mejor que muchas palabras; pero ha de ser el silencio que sale de un corazón lleno de amor, no de un corazón vacío, y el de Simón estaba lleno de ternura y de piedad para su pequeño amigo.

—Cristóbal—dijo al fin—, ¿quieres detenerme? No querrás que quede fuera de la puerta, ¿verdad?

—No, no, señor Simón—replicó éste—, no detendré a usted por nada en el mundo; pero ¡desearía muchísimo ir con usted!

—Me parece, Cristóbal, hijo mío, que Dios quiere que hagas algo por El antes que mueras. Yo soy un pobre viejo, muy inútil, trémulo y débil; de modo que Dios me ha de llevar a casa. Pero tú eres jovencito, puede ser que vivas muchos años todavía, ¿verdad, hijo?

—Supongo que sí—respondió el niño suspirando, —pues estaba pensando que aún transcurriría largo tiempo antes de llegar a ser viejo como Simón, y de que las puertas de perlas se abriesen para él.

—¿Querrías tú hacer algo por El—preguntó Simón—, ¿algo para mostrar que le amas?

—Sí, señor Simón, sí; sí lo quiero.

—Pues Cristóbal, hijo—dijo el viejo incorporándose de pronto en la cama—, daría todo lo que tengo, todo... todo... ¡aun mi viejo organillo! (y bien sabes cuánto lo he amado) lo daría, y todas las cositas que tengo, por vivir un año más de vida, ¡un año, sí! para probarle que le amo. ¡Pensar—continuó tristemente—, que dió su vida por mí, y que yo no tengo sino una corta semana para mostrar que le amo! ¡Oh, hijo mío, me parece tan ingrato esto! El murió de una muerte tan terrible por mí, que no quiero pensar en ello.

Ahora tocó a Cristóbal ser el consolador.

—Señor Simón—dijo—, cuente usted esto al Señor, pues estoy seguro que El le escuchará.

Y con las manos juntas, Simón oró con fervor: "¡Oh Señor Jesús! Te amo, quiero hacer algo por Tí, pero tengo solamente una semana, una semana no más; quiero darte gracias, y daría todo lo que tengo por poder hacer algo para mostrarte mi amor. No sé cómo decírtelo, más Tu sabes lo que quiero decir. Amén."

Entonces Simón se acostó otra vez, y pronto quedó dormido. Cristóbal todavía se sentó junto a la cama pensando tristemente en cuán poco tiempo le quedaba para vivir con su querido amo, y se sintió muy triste y solitario.

Es cosa muy triste perder el único amigo que uno tiene en el mundo. Terrible cosa es ver delante una nube espesa y obscura, sabiendo que obscurecerá el camino por el cual tenemos que pasar. Así el corazón del niño estaba lleno de temores, pues tenía miedo a la nube por la cual había de pasar.

Pero las palabras de Simón se presentaron de nuevo a su mente, y oró: "¡Oh señor Jesús, ayudame! Haz que te dé a Ti mi vida, y ayúdame cuando tenga que separarme de Simón. Amén." Y algo consolado, fué a su cama.

A la mañana siguiente miró con ansia a Simón, que parecía estar más débil y enfermo; de modo que no quiso dejarle solo. Pero teniendo muy pocos cuartos, Simón le rogó que saliera; de manera que salió con el organillo. Se dirigió a la hermosa casa de las afueras para informar a Margarita y a su madre acerca de su amo, pues consuela mucho hablar de nuestras aflicciones a los que simpatizan con nosotros en ellas.

Las campanillas blancas ya habían pasado, pero había geranios y otras flores en su lugar; de modo que el jardín estaba muy hermoso y alegre. Pero Cristóbal no tenía alegría para admirar su hermosura: estaba mirando con ansia a la ventana, donde antes había visto las caritas de Margarita y su hermano.

Mas no estaban allí, de modo que cogió el manubrió y tocó *Mi hogar, mi dulce hogar* para llamar su atención. Un minuto después, vió a Margarita que salía presurosa de la casa y corría a su encuentro. No se sonreía como de costumbre, y le pareció a Cristóbal que había estado llorando.

—¡Oh, musiquito!—dijo—, no toques hoy; mamá está enferma, y la música hace daño a su cabeza.

Cristóbal paró en seguida, y el organillo dejó escapar un sonido melancólico al concluir tan repentinamente.

—Lo siento muchísimo, señorita—dijo.

Margarita quedó entonces un instante en silencio, y Cristóbal la miró con piedad y ternura.

—¿Está muy mala, señorita?—preguntó.

—Temo que sí—respondió Margarita—, pues mi papá se muestra muy grave, y la niñera no nos deja jugar; y he oído decir a la cocinera, "que mamá nunca estaría ya buena—, añadió con un sollozo que pareció brotar desde el fondo de su corazón.

—¡Pobre señorita!—dijo Cristóbal tristemente—, ¡pobre señorita mía! no te inquietes tanto. ¡Oh, no llores!

Y mirándola, una gruesa lágrima de simpatía corrió por su mejilla, cayendo sobre el blanco bracito de la niña.

Margarita levantó los ojos, diciendo:

—Cristóbal, creo qué mi madre pronto irá *al hogar, al dulce hogar*, y yo quisiera ir también.

—¡Y yo!—contestó éste suspirando—, pero quizá las puertas no se abrirán para mí en mucho tiempo.

Entonces la niñera llamó a Margarita, y Cristóbal se fué tristemente. El mundo le pareció muy lleno de pesares; hasta el cielo estaba encapotado, y un viento frío le hacía tiritar. Las flores de la primavera se vieron tronchadas por él, y las ramas que empezaban a echar sus pimpollos, se bamboleaban sin cesar impulsadas por fuertes ráfagas, y el pobre Cristóbal se sintió muy triste y solitario, muy turbado e infeliz. Empezaba a pensar si el Señor le habría olvidado; ¡tan largo y desconsolado le parecía el mundo! Su viejo amo estaba muriéndose; su amiguita Margarita sentía penas; le parecía que las aflicciones y los pesares le rodeaban por todas partes, y que no le quedaba ningún consuelo en este mundo.

Cansado y aburrido volvió a su casa, y subió lentamente las toscas escaleras de la buhardilla. Entonces oyó una voz dentro, una voz baja y dulce, cuyo eco calmó el alma turbada de Cristóbal.

Era el Pastor, que estaba leyendo a Simón, quien sentado en su cama y con una sonrisa dulce que inundaba todo su rostro, escuchaba atentamente todas sus palabras. Cuando Cristóbal entró, el Pastor estaba leyendo: "Mi paz os dejo, mi paz os doy. No como el mundo la da, yo os la doy. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo."

—Este es un texto para usted, Simón—dijo el Pastor.

—Sí, señor—respondió—, y para Cristóbal también, pues tiene mucha pena.

—Cristóbal — preguntó el Pastor con la mano puesta en el hombro del niño—, ¿por qué se turba tu corazón?

Pero éste no podía responder; se volvió de repente y se echó sobre la cama de Simón llorando amargamente.

El corazón del Pastor estaba lleno de simpatía hacia el pobre niño. Se arrodilló a su lado, y estrechándole con la ternura de una madre, le dijo:

—Vamos juntos al Señor Jesús, para decirle toda tu pena.

Y entonces, con palabras muy claras y sencillas, el Pastor pidió al Señor que bendijera al pobre Cristóbal, que le consolase y le hiciera saber que tenía un amigo, el cual nunca le abandonaría.

Cuando el Pastor se hubo marchado, la buhardilla quedó tranquila; Simón durmió, y el niño oyó una voz en su corazón que le decía: "No se turbe vuestro corazón," y entonces se acostó en paz.

A media noche la voz de su viejo amo le despertó de repente:

—¡Cristóbal, hijo mío, Cristóbal!

—¿Qué desea, señor? aquí estoy—, respondió el niño, corriendo presuroso a su lado.

—¿En dónde está el viejo organillo?—preguntó.

—Aquí está bueno y sano, señor Simón.

—Tócalo, Cristóbal; toca *Mi hogar, mi dulce hogar.*

—Ya es de noche, señor Simón—replicó Cristóbal—, la gente no sabrá que pasa.

Simón no respondió, y Cristóbal encendió una luz y miró su cara. Parecía estar muy pálida y extraña. Los ojos estaban cerrados, y había algo en su cara que nunca había visto antes. No sabía qué hacer; salió a la ventanita, pero todo estaba muy obs-

curo, menos una estrella brillante que parecía estar mirándole desde los cielos y decirle: "No se turbe tu corazón"; y él respondió: "¡Señor, querido Señor! ¡ayúdame!"

Entonces Simón volvió a hablar indistintamente; y Cristóbal oyó las palabras:

—¡Toca, hijo mío, toca!

No dudó más, y tomando el organillo agarró el manubrio y la canción *Mi hogar mi dulce hogar,* sonó en la obscura buhardilla. El anciano abrió los ojos cuando el niño empezó; y cuando hubo acabado, le llamó a su lado y dijo:

—Cristóbal, hijo mío, las puertas ya están abiertas, voy a entrar. ¡Toca otra vez!

Le costó mucho tocar las demás melodías, que no encajaban en aquella lúgubre escena.

Pero Simón no pareció oirlas; estaba murmurando la oracioncita: "¡Lávame y seré emblanquecido más que la nieve... más blanco que la nieve... que la nieve!...

Y cuando Cristóbal tocó por segunda vez: *Mi hogar, mi dulce hogar,* los pies cansados de Simón atravesaron las puertas de la ciudad. Ya estaba en *su hogar, su dulce hogar.*

Y el pequeño Cristóbal se encontró solo, lejos de él.

X

NO HAY SITIO CUAL MI HOCAR

A LA mañana siguiente, uno de los huéspedes del gran dormitorio del piso de abajo recordó haber oído algunos sonidos allá en el silencio de la noche, que por cierto le habían interrumpido su sueño. Hubo entre los huéspedes quien dijo que era el viento que azotaba la chimenea; otros afirmaron que era música, y que el viejo de la buhardilla se había divertido con su organillo.

—No, no—, dijo la patrona, cuando les oyó disputar—, jamás volverá a tocarle; el médico ya le ha desahuciado. Es un hombre que se está muriendo, según me han dicho.

—Suba usted a preguntarle si estuvo tocando su organillo en medio de la noche—, dijo un hombre desde un rincón—; apuesto un duro que sí.

Y la patrona subió para satisfacer su curiosidad, y llamó a la puerta de la buhardilla. Nadie respondió; así que abrió la puerta y entró. Cristóbal estaba

durmiendo profundamente en la cama en que yacía el cuerpo de su querido amo. Las lágrimas se habían secado en sus mejillas, y tenía la cabeza apoyada en una de las manos ya rígidas de Simón. El rostro de la patrona se puso muy grave, e instintivamente se estremeció al verse en presencia de la muerte.

Cristóbal se despertó lleno de sobresalto y fijó en su cara una mirada vaga, pues al principio no sabía lo que había sucedido. Pero pronto volvió todo a su memoria, y, volviéndose en la cama, dejó escapar un gemido. La pena del pobre niño conmovió el corazón de la mujer; pero no sabía consolarle, y por esto pronto bajó la escalera y le dejó solo.

Cristóbal rogó a una vecina que hiciese todo lo que fuera necesario para el cadáver, y entonces se fué a contárselo todo al Pastor, quien simpatizó profundamente con el pobre niño. Oró otra vez con él, encomendándole a su querido Padre, al Padre que nunca le dejaría en el desconsuelo; y cuando Cristóbal hubo salido, volvió a arrodillarse, dando gracias al Señor por haberle permitido ser el instrumento de la conversión de un alma preciosa. Al menos habría *uno* a la hermosa puerta de la ciudad esperando el día en que él mismo fuera a juntarse con los redimidos, pues Simón estaría allí. ¡Oh, cuán bondadoso había sido Dios para con él! Con corazón agradecido se sentó al día siguiente para preparar el sermón que iba a predicar el domingo próximo, pues lo que acababa de oír respecto al pobre Simón le ayudó mucho a realizar la descripción de la ciudad hermosa de que intentaba hablar.

Don Pedro pensó en Cristóbal cuando entró en la capilla el domingo siguiente, esperando que estaría allí. Y, en efecto, allí estaba sentado como de

costumbre en su banco de frente, con la carita muy pálida y la tristeza pintada en su semblante.

Y cuando se cantaba el himno, don Pedro observó que las lágrimas corrían por sus mejillas, aunque las enjugaba con la manga luego que asomaban.

Pero Cristóbal levantó los ojos con una sonrisa, cuando el Pastor citó su texto. Se halla en Apocalipsis 7, 14. 15: "Estos son los que han venido de grande tribulación, y han lavado sus vestiduras, y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios."

"Esta noche, queridos amigos, voy a hablar del dulce hogar en los cielos que Dios ha preparado, y de la gran multitud de los redimidos que moran en él. Es un lugar muy santo; no hay lodo en las calles de oro, ni se encuentra allí el mal. El tentador nunca entrará allí, ni el pecado; todo es santo. Y en las vestiduras de los que allí moran no hay siquiera una mancha, pues son tan puras y limpias y claras como la misma luz. Nada hay que pueda mancharlas, pues son blanqueadas en la sangre del Cordero, y por esto se hallan delante del trono de Dios. ¡Oh, amigos! que nunca olvidéis que ésta es la única manera con que podréis estar delante de aquel trono. Todas vuestras obras y todos vuestros esfuerzos no valdrán nada. Si queréis entrar en el cielo, tenéis que ser lavados en la sangre del Cordero. A San Juan le fué permitido mirar adentro del cielo, y vió una gran compañía de estos redimidos que estaban cantando un nuevo cántico a la gloria del que los había redimido. Y desde los días de San Juan—continuó—, ¡cuántos, oh, cuántos se han juntado a aquella multitud! Todos los días, a todas las horas, casi cada momento, llega alguien a las puertas de la ciudad. Y a cada una de las almas lavadas en la

sangre de Jesús le están abiertas las puertas de perlas, cada una lleva puesto el vestido blanco, y allí, delante del trono de la gloria, cantan: "Amén, la bendición, y la gloria, y la sabiduría, y la acción de gracias, y la honra, y el poder, y la fortaleza sean a nuestro Dios para siempre jamás. Amén."

"Amigos míos, siguió diciendo, cuando el Dios santo mira a aquellas almas, no ve en ellas manchas de pecado, porque la sangre lo ha lavado todo: aun a la vista del mismo Dios santo son perfectamente puras y limpias. ¿Queréis estar en el número de los redimidos? Este es un mundo triste y obscuro, el valle de las sombras de la muerte; ¿podéis estar contentos solamente al pensar que nunca llegaréis al dulce hogar de arriba? ¡Oh! no tardéis en venir a la fuente por despertar demasiado tarde, y veros alejados de la ciudad hermosa para siempre."

—Conozco a un viejo—dijo don Pedro—, a quien estaba hablando hace una semana, que ya está pasando su primer domingo en aquella ciudad.

En la cara de los oyentes se vió retratada una gran solemnidad cuando dijo esto, y el pequeño Cristóbal dijo entre sí: "Esto lo dice por el señor Simón, ya lo sé."

—Era un viejo pobre y manchado con el pecado—siguió el Pastor—, pero creyó en la Palabra del Señor, vino a la sangre de Cristo para ser limpiado; y aun cuando estaba aquí, fué hecho más blanco que la nieve. Hace dos noches, el Señor envió por el viejo para llevarle a su casa de arriba; y no teniendo ninguna mancha de pecado, las puertas le fueron abiertas, y ahora, con el vestido blanco de los redimidos de Cristo, está salvo en aquella casa tan feliz.

—Si yo oyese el domingo próximo— continuó—,

que uno de vosotros había muerto, ¿podría decir otro tanto de vosotros? ¿Estaríais en el cielo? ¿Estáis vosotros lavados en la preciosa sangre de Cristo? ¿Habéis sido perdonados? ¿Habéis venido a Jesús? ¡Ojalá que os hagáis estas preguntas en el fondo de vuestros corazones! Creo que cuando Jesús me lleve allí, os esperaré. ¡Oh, espero encontraros a todos en aquel dulce hogar! No puedo deciros más esta noche, porque mi corazón está muy lleno. ¡Haga el Señor que cada uno en este recinto sea lavado en la sangre de Jesucristo, que aun en esta vida sea hecho más blanco que la nieve! Y entonces dirá con corazón agradecido: ¡Oh, Señor, te amo y quiero obedecerte, servirte y consagrar a tu servicio cuanto soy y cuanto puedo!

Y cuando arriba esté,—Salvado por tu cruz,
Puro y sin mancha,—Veré tu hermosa luz."

El culto concluyó y los asistentes se marcharon, pero Cristóbal no se movió del banco donde estaba sentado, con la cara puesta entre las manos; ni aún levantó sus ojos, cuando el Pastor bondadosamente colocó la mano sobre su hombro.

—¡Oh!—exclamó al fin entre sollozos—, quiero irme también; mi madre está allí, y Simón, y yo quiero estar con ellos.

El Pastor tomó la manecita morena del niño entre las suyas, y le dijo:

—Cristóbal, pobrecito mío, el Señor no quiere que permanezcas mucho tiempo fuera de la puerta; pero hay cosas que desea que hagas aún en este mundo, y después las puertas estarán abiertas para tí, y el dulce hogar te parecerá todavía más dulce después de las penas de acá abajo.

Y con otras palabras de amor y bondad consoló y calmó al niño, y oró otra vez con él. Cristóbal se fué con el corazón algo más aliviado; pero no podía menos de recordar el domingo anterior, cuando se había apresurado a llegar a casa para contar a Simón todo lo que había oído acerca de la tercera estrofa del himno.

Ahora no tenía a nadie con quien hablar, y se paró un minuto fuera de la puerta temiendo entrar; pero sus temores pasaron, cuando se halló dentro.

El sol se ponía ya, y algunos rayos de su luz caían sobre la cara del difunto.

Le pareció a Cristóbal como si viniesen directos de la ciudad celestial; había algo en ellos que no podían ser de este mundo, y se figuró que Simón sonreía. ¡Era su imaginación, lo sabía, pero encontraba placer en pensarlo!

Entonces salió a la ventanita y miró hacia arriba pensando descubrir la ciudad hermosa allá a lo lejos, figurándose entre las nubes rocas con sus altos muros, brillantes cual el oro, bóvedas y edificios magníficos y la suave luz del sol en su puerta.

Verdad es que aún mediaba gran distancia entre ésa y el lugar donde él se encontraba. Divisó un valle profundo, sendero y puerta estrechos que tenía que atravesar: todo le predecía un peregrinaje largo y pesado, mas no volvió a afligirse. Al tener fija su mirada en la magnífica ciudad más allá del valle, todo le parecía poco; y cobrando ánimo, cogió más firme el cayado que llevaba en la mano y se encaminó derechito hacia el fin anhelado.

Y ¡cuánto se alegró al pensar que Simón estaba ya allí dentro! ¡Qué cambio tan glorioso para él, después de vivir en una buhardilla tan obscura! ¡Cuán hermoso le parecería el cielo! Cristóbal pensó

en que daría todo lo que tenía de muy buena gana por poder ver a Simón un momento, para saber lo que estaba haciendo, y dijo para sí: "¿Hablará a Jesús de mí, y le dirá cuánto deseo ir al dulce hogar?"

Sólo cuando el sol se había ya puesto, el niño se despertó de sus sueños, se puso de rodillas y oró desde el fondo de su corazón: "¡Oh, Señor! dame paciencia; y un día, cuando Tú quieras, llévame a vivir contigo y con Simón a mi patria celestial!"

XI

SOLO EN EL MUNDO

UÉ Cristóbal el único amigo que acompañó al viejo Simón a su sepulcro. El ataúd era muy sencillo, pobre y hasta tosco, y fué llevado de un modo más pobre todavía.

Pero Cristóbal no hizo gran caso de esto, pues Simón estaba en su *dulce hogar;* todas sus penas y tristezas habían pasado ya, su pobreza ya había tenido término, y tenía todo lo que deseaba en la casa de su Padre. Verdad es que le dolía mucho tener que separarse del querido cuerpo del anciano, y que nunca más volvería a ver los ojos que le miraron con tanto cariño, ni a estrechar sus arrugadas manos; mas luego recordó lo que el Pastor le había contado de la resurrección de Jesús, y del ángel resplandeciente que bajó a abrir la sepultura, quitando la losa para que saliera el Salvador en cuerpo transfigurado e inmortal. Y al pensar que, al sonido de la última trompeta, también el viejo y débil cuerpo de Simón resucitaría fuerte, joven y glorioso, no pudo menos que regocijarse por su difunto amigo.

Pero el hombre que llevaba el féretro no quería emplear mucho tiempo en el camino, de modo que Cristóbal tenía que andar muy de prisa, y aun a veces correr. En el camino se encontró con otro entierro, y un entierro, por cierto, bien diferente. Marchaba muy despacio; un féretro grande y lujoso iba delante, y muchos carruajes le seguían.

Y cuando Cristóbal se detuvo algo, advirtió que muchos de los que iban en los coches parecían muy tristes y como si hubieran estado llorando. Pero en uno de los carruajes vió algo que nunca podría olvidar: con la cabeza apoyada en el hombro de su padre, vió la pálida carita de la pequeña Margarita.

—Supongo que su madre habrá muerto—se dijo Cristóbal—, y éstos son los funerales. ¡Ay, qué mundo tan triste es éste!

No estaba seguro si Margarita le habría visto; pero la pena de la niña había penetrado hasta el alma misma de Cristóbal, y con el corazón más embargado todavía, se apresuró a alcanzar al féretro que llevaba el cadáver de su querido amo al sepulcro.

Allí, pues, se encontraban en un cementerio ambos sepulcros: el del pobre viejo y el de aquella madre tan joven y tan bella, y allí sobre los cuerpos de ambos fueron pronunciadas estas solemnes palabras: "De tierra eres, y volverás a ser tierra; Jesucristo, Señor nuestro, te resucitará en el postrer día." Pero sus almas estaban en la presencia del Rey de reyes, muy lejos de las penas y tristezas que habían pasado acá abajo; pues dos días antes, precisamente a la misma hora, las dos almas habían dejado este mundo y se habían encontrado a las puertas de perlas. Habiendo sido lavadas en la sangre del Cordero, las puertas les habían sido abiertas, y el viejo Simón y la madre de Margarita habían entrado juntos

en la ciudad celestial. Ambos habían visto a Jesús, al querido Salvador, a quien amaban tanto, y en cuya presencia se halla hartura de alegría para siempre.

Cristóbal tuvo que dejar la pequeña buhardilla después de la muerte de Simón, pues la patrona quiso alquilarla a un precio subido. Sin embargo, permitió al niño dormir en el alojamiento de abajo, quedándose con las cositas que Simón había dejado, como pago de la renta que aún le debía éste.

Pero el viejo organillo pertenecía a Cristóbal; su querido amo se lo había dejado antes de morir. Llamando al niño a su lado le había rogado que le trajera el instrumento, y con mucha solemnidad lo confió al cuidado de Cristóbal.

—Es para tí, hijo mío—, le dijo—; siempre cuidarás de él, por amor de mí, ¿verdad? Y cuando toques *Mi hogar, mi dulce hogar*, pensarás en mí, Cristóbal, hijo; en mí y en tu madre, que ya habremos llegado allí, porque Jesucristo murió para llevarnos a su casa.

¡Qué trabajo tan pesado y tàn difícil le pareció a Cristóbal el primer día que salió con el organillo después de la muerte de Simón! No hizo gran caso de las tres primeras canciones, pero cuando llegó a *Mi hogar, mi dulce hogar*, sus sentimientos pudieron más que él, y tuvo que parar en medio de la melodía sin concluirla. Los transeuntes se sorprendían al oír parar tan pronto la tocata, y todavía más al ver las lágrimas que corrían por las mejillas de Cristóbal. No sabían que la última vez que había tocado aqella música había sonado en la habitación de la muerte, y que mientras la tocaba, el único amigo que tenía en este mundo, había pasado a la dulce morada de los cielos. Pero Cristóbal lo sabía, sí, y el sonido de la canción trajo vivamente a su memoria todo lo

que había acontecido durante aquella noche tan triste. Y no pudo seguir tocando hasta que hubo levantado sus ojos al cielo, pidiendo que Dios le ayudara a alegrarse con el gozo del viejo Simón.

Cierto día, cerca de una semana después del entierro de Simón, Cristóbal fué por el camino de las afueras, esperando ver otra vez más a la pequeña Margarita. No había podido olvidar aún su triste rostro, que vió en la ventana del coche fúnebre; y cuando nos hallamos sumidos en penas, nos consuela el ver y simpatizar con los que están afligidos también; así, pues, Cristóbal anhelaba ver a su amiguita. Quería saber cuándo se había ido su madre al dulce hogar.

Pero cuando llegó a la casa de Margarita, se paró con asombro. El hermoso jardín existía todavía, aunque las flores eran diferentes; había pensamientos, que brillaban con el sol; rosas y otras flores tan bonitas como antes. Pero la casa le pareció muy extraña. Las persianas de algunas ventanas estaban cerradas, y no había cortinas blancas en las demás; todo parecía hallarse desalquilado; y en el cuarto de los niños, en vez de las risueñas caritas de Margarita y Carlos, había una vieja haciendo media.

—¿Qué hay? ¿En dónde están los niños? ¡Oh! espero que no habrá muerto otra persona en la casa, —se dijo Cristóbal.

No le era posible volver a la suya sin saber algo, y tenía que preguntar a la vieja. Se detuvo un momento a la entrada, y agarró el manubrio del organillo, esperando que ella le hablase.

Pero al levantar los ojos un instante para mirarle, ella pareció no observarle y siguió con su labor.

Cristóbal no pudo esperar más tiempo, así que de repente se acercó a la casa y tiró de la campani-

lla. La vieja le llamó desde la ventana para preguntarle por qué había llamado.

—Señora, haga usted el favor, ¿ha muerto algún otro aquí?—le preguntó.

—Muerto, no—, respondió la mujer—; ¿por qué lo quieres saber?

—Señora, ¿podría hablar con la señorita Margarita?—dijo Cristóbal con timidez.

—No, hijo—respondió ésta—, no puedes verla, porque ahora se encuentra en Francia.

—¿En Francia, señora?—preguntó el niño.

—Sí, en Francia está; han ido allá a pasar la temporada.

En seguida cerró la ventana, como si quisiera decir: "esto es cuanto tengo que decirte."

Cristóbal permaneció unos cuantos minutos en el jardín antes de marcharse, pues tuvo un gran desengaño al pensar que no podía ver a sus amiguitos, porque se hallaban muy lejos. No sabía en dónde estaba Francia, pero empezó a temer que nunca volvería a ver a los niños. Siguió lentamente su camino, considerándose muy solo y desamparado.

Su madre se había muerto; también Simón y la señora, y ahora los niños se habían ido también. No tenía a nadie que le animara o consolara, así es que llevó el organillo por las calles muy aburrido y triste. No tenía ánimo para tocar y no sabía en dónde descansar, pues ya no tenía la vieja buhardilla para habitación. La acera parecía abrasar sus piececitos, y el sol le quemaba tanto, que se volvió al lúgubre patio confiando encontrar un rincón tranquilo en el dormitorio grande.

Pero cuando abrió la puerta, vió una nube de polvo; y la patrona, que estaba barriendo, le mandó que se retirara, pues no podía permitir a los niños que se quedaran en el cuarto todo el día; de modo que Cristóbal volvió a la calle y se sentó a la sombra de una pared. Pero de repente sintió frío, y tiritando se puso al sol para calentarse; tenía dolor de cabeza, padecía como un vértigo, y en fin, no sabía lo que le pasaba. Algunas veces procuraba tocar el organillo un poco, pero estaba tan débil que tuvo que dejarlo y recostarse en la pared hasta la puesta del sol. Después volvió a casa con dificultad.

La patrona había concluído ya la limpieza, y estaba preparando la cena para los huéspedes. Dió a Cristóbal un pedazo de pan cuando entró; pero éste no pudo comerlo, y se fué a un banco del rincón más lejano, y con el organillo a su lado, pronto se quedó dormido.

Cuando despertó, el cuarto estaba lleno de gente comiendo, hablando y riendo estrepitosamente. No hicieron mucho caso de Cristóbal, que no podía volver a dormir, porque era grande el bullicio; y de vez en cuando temblaba al oír las palabrotas y las bromas de mal género que salían de sus bocas a cada instante. La cabeza le dolía más y más; se sentía muy enfermo, como nunca se había hallado antes. ¡Oh! ¡cuánto no hubiera dado por lograr un rinconcito quieto en donde acostarse, lejos de los juramentos y de la maldad de aquel antro!

Y entonces sus pensamientos volaban a su viejo amo en *el hogar, el dulce hogar* de los cielos.

—¡Qué lugar tan diferente éste de aquél! No hay sitio como la casa en el cielo—se dijo Cristóbal—. ¡Oh, cuán lejos estoy aún de ella!

XII

CRISTÓBAL ENCUENTRA UN REFUGIO

UÉ tiene aquel muchacho?—preguntó uno de los huéspedes a la patrona, mientras preparaba ésta el chocolate a la mañana siguiente—. Tiene fiebre o calentura, o algo por el estilo; ha estado hablando toda la noche. He tenido dolor de muelas y apenas he podido dormir, y el niño no ha dejado de charlar en toda la noche.

—¿De qué hablaba?—preguntó otro.

—¡Oh! de toda clase disparates—respondió el primero—, de bellas ciudades, de funerales y campanillas blancas, y una vez se incorporó en el banco y empezó a cantar. Es extraño que no le hayáis oído.

—Trabajo hubiera costado despertarme a mí—, respondió el otro—, cansado como estaba. Pero ¿qué cantó el muchacho?

—¡Oh, una de las piezas que toca su viejo organillo; supongo que las tiene metidas en su cabeza y no puede desprenderse de ellas—, dijo el hombre del dolor de muelas, saliendo a su trabajo diario.

—Pues bien, señora—dijo el otro—, si el niño

tiene fiebre, espero que usted se deshará de él en seguida; no queremos nosotros tenerla también.

Cuando los hombres se hubieron marchado, la patrona se acercó a Cristóbal para enterarse de si estaba verdaderamente enfermo. Procuró despertarle, pero aunque abrió sus ojos no pudo conocerla. Entonces ella le llevó en sus brazos a un cuartito obscuro debajo de la escalera, lleno de cajas y escombros.

No era mala mujer, y no podía echar al pobre niño a la calle enfermo: le hizo una camita en el suelo, y dándole un poco de agua, le dejó para seguir sus labores. Cuando llegó la noche, buscó al doctor para que lo viera y le dijo que Cristóbal tenía fiebre.

Durante muchos días estuvo luchando entre la vida y la muerte sin darse cuenta de lo que pasaba; nunca reconocía a la patrona, ni sabía cuándo salía. Ninguna otra persona se le acercó. Ella no podía velarle mucho, pues tenía muchísimo que hacer. Pero pensaba con asombro: ¿Por qué hablará tanto de *mi hogar, mi dulce hogar*? En todo su delirio parecía verse esta idea, que anhelaba llegar a la ciudad hermosa.

Al fin Cristóbal empezó a recobrar su juicio; muy despacio la fiebre le dejó; mas le dejó tan débil, que no podía volverse en la cama, ni apenas hablar.

¡Oh! ¡cuán largos y solitarios le parecían los días! La patrona se cansó de cuidarle, y Cristóbal pasaba muchas horas sin ver la cara de nadie. El cuartito era muy obscuro y daba al pasillo, de manera que Cristóbal no podía ver ni siquiera un poquito de cielo. En todo el día no se oía otro sonido que los discordantes gritos de los niños en el patio, y por la noche el bullicio de los hombres del vasto alojamiento.

Pasaba despierto la mayor parte de la noche, escuchando el *tic tac* del viejo reloj del cuarto vecino, y contando una tras otra las horas cuando daban. Luego reparaba en la tenue luz del amanecer que entraba en el cuarto obscuro, y escuchaba las pisadas de los hombres que iban a su trabajo diario. Nadie venía a ver a Cristóbal.

Algunas veces pensaba con asombro cómo era que don Pedro no le echaba de menos en la capilla. ¡Oh, cuánto se hubiese alegrado verle! Pero los días corrían lentamente y no se dejó ver, hasta que al fin suplicó a la patrona que fuese a buscarle para verle; mas ésta contestó que no podía tomarse la molestia de ir tan lejos. Si no hubiera tenido a Jesucristo como amigo suyo, su corazón se hubiese quebrantado en la soledad y tristeza de aquellos días de enfermedad. Pero aunque a veces era débil su fe, a menudo podía hablar con Jesús como con un querido amigo, y así se sentía consolado. Y las palabras que el Pastor había leído a su viejo amo, todavía sonaban en sus oídos. "No se turbe vuestro corazón."

Sin embargo, aquellos días le parecieron muy largos y fastidiosos. Al fin pudo incorporarse un poco en la cama; pero se sentía abatido, pues había tenido una fiebre muy fuerte y necesitaba alimentos nutritivos para recobrar sus fuerzas. Pero no había nadie que se los diera; no tenía más amigo que su querido Señor, y El no le había olvidado.

Una tarde el tiempo se puso muy caluroso y sofocante. Cristóbal yacía en su cama abatido con el calor, y anhelando un soplo de aire fresco.

—¡Oh, querido Señor Jesús!—dijo—. ¡Te ruego que envíes a alguien aquí que me vea!— Y mientras hablaba, se abrió la puerta y entró el Pastor.

Era esto demasiado para el pequeño Cristóbal.

Alargó las manos con alegría y prorrumpió en sollozos.

—¡Qué! Cristóbal, hijo—preguntó don Pedro—, ¿no te alegras de verme?

—¡Oh, señor!—dijo el niño—, me parecía que nunca volvería usted, y me hallaba muy solo. ¡Oh, cuánto me alegro verle!

Entonces don Pedro enteró a Cristóbal de que había estado lejos de la capital, y que otro Pastor había predicado en su lugar. Pero la noche anterior, predicando por vez primera después de su vuelta, había echado de menos a su amiguito en el primer banco, y había preguntado a la mujer que limpiaba la capilla, la cual le dijo que Cristóbal no había estado allí desde su marcha. En seguida don Pedro fué a buscarle.

—Pues bien, Cristóbal—continuó—, cuéntame todo lo que te ha sucedido en estas últimas semanas.

Cristóbal estaba tan contento y lleno de gozo ahora, que el pasado le parecía un sueño largo y confuso, del cual había ya despertado, olvidando sus penas y su soledad.

El Pastor y el niño pasaron un buen rato juntos, y entonces aquél dijo:

—Cristóbal, hijo mío, aquí tengo una carta que se ocupa de tí, la cual te voy a leer.

La carta era del padre de Margarita, que era amigo suyo, y leyó en ella lo que sigue:

"Muy señor mío y amigo:

"En una pobre casa de huéspedes, en un patio de la calle de Ronda, creo vive un niño que se llama Cristóbal; ignoro su apellido, pero solía vivir con un viejo que salía con un organillo, el cual estaba a la muerte hace algunas semanas. Mi que-

rida esposa estaba muy interesada por el niño, y mi Margarita habla con frecuencia de él. Temo que esté muy abandonado, y ruego a usted que le busque y que le coloque con una persona respetable que le sirva de madre. Incluyo un billete de Banco, que bastará por ahora... Quisiera que asistiese a un colegio durante dos o tres años; y entonces, si se portara como un verdadero cristiano, quiero que sea colportor entre la gente más humilde de la vecindad.

"No puedo menos de cumplir los últimos deseos de mi amada esposa respecto a Cristóbal, y haré por él todo lo que hubiera hecho ella, si Dios le hubiese permitido vivir entre nosotros. Usted dispensará la molestia que le doy; pero no quiero diferirlo hasta mi vuelta, pues temo perder de vista al niño.

"La miserable buhardilla en donde vivía Cristóbal con su viejo amo, fué la última casa que mi querida esposa visitó antes de su enfermedad, y sé que al hacerme cargo de este niño es un deber sagrado que deseo cumplir por amor de ella, y por amor de Aquel que nos ha dicho: "En cuanto lo hicísteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a Mí lo hicísteis."

"Su querido amigo en el Señor."

—Cristóbal—dijo don Pedro después de leer la carta—, el Señor ha sido muy bueno para tí, ¿verdad?

—Sí, señor—, respondió el niño—, el viejo Simón tenía razón.

—¿Y qué dijo Simón?

—Dijo que el Señor tenía alguna obra que yo debería hacer para El. No pensaba que hubiera algo que yo pudiera hacer, pero tal vez podré llegar a servirle en algo.

—Sí, creo que sí—respondió don Pedro sonriendo—: ¿vamos a darle gracias, Cristóbal— Y arrodillándose al lado de la cama, dió gracias al Señor, y Cristóbal juntó sus delgadas manecitas y añadió:

—"¡Oh, Señor! te doy gracias, porque me vas a dar alguna obra que hacer para Tí; y si quieres, me quedaré fuera de las puertas algún tiempo más para mostrarte cuánto te amo. Amén."

—Pues bien, Cristóbal—dijo el Pastor levantándose para marchar—, deberás trabajar con buena voluntad, sirviendo al Señor con todo tu corazón. Y más adelante, cuando la obra esté acabada, vendrá tu descanso, tan deseado, en el *dulce hogar*.

XIII

LA OBRA DE CRISTÓBAL POR SU MAESTRO

ERA una tarde muy calurosa de verano, algunos años después de la escena ya mencionada, y el aire del patio era tan sofocante como lo había sido cuando Cristóbal y el viejo Simón vivían allí. Sin embargo, de todos los lugares que visitaba Cristóbal como colportor, sentía el más vivo interés por aquel patio, ya que no podía olvidarse de aquellos días tan tristes, cuando era un pobre niño abandonado y acudía allí para pasar la noche.

Y no podía olvidarse de la vieja buhardilla, que había sido el primer lugar desde la muerte de su madre que había podido llamar su casa, esa buhardilla hacia donde se dirigía en aquella tarde.

Cuando Cristóbal tocó a la puerta, fué doña Margarita quien le abrió, pues había venido para ver a una pobre enferma. No era ahora la señorita de aquellos días, pues se había casado con el Pastor, bajo cuya superintendencia Cristóbal trabajaba; pero tomó el más vivo interés por el joven colportor, y siempre le ayudaba con sus consejos y simpatías. No había

encontrado a Cristóbal en aquella buhardilla desde los días en que ambos eran niños, y sonriéndose le dijo:

—¿Usted se acuerda de cuándo nos encontramos aquí en otra ocasión?

—Sí, señora—respondió Cristóbal—, lo recuerdo perfectamente; entonces éramos cuatro aquí, y dos de los cuatro han ido a la ciudad hermosa de que estábamos hablando.

—Sí—dijo Margarita con lágrimas en los ojos—, ya ellos están esperándonos en *el hogar, el dulce hogar*.

La buhardilla no parecía más alegre que cuando Simón vivía allí en otros tiempos. Los cristales estaban rotos, y los agujeros tapados con andrajos y papeles; el suelo más deteriorado que nunca, y parecía como si se hundiera cuando Cristóbal le cruzó para hablar a una pobre mujer que estaba sentada junto a un pequeño brasero.

La pobre estaba muy enferma y desconsolada. Cuatro niñitos estaban jugando en el cuarto, haciendo tanto ruido, que Cristóbal apenas pudo oír cuando aquélla le dijo que no se hallaba nada mejor y que ya nunca se pondría bien.

—¿Ha hecho usted lo que la rogué la última vez que estuve aquí, señora?—preguntó a la mujer.

—Sí, señor—, respondió—, lo he dicho muchísimas veces, y cuanto más lo digo, ¡tanto más miserable me hallo!

—¿Qué es lo que le ha enseñado, Cristóbal?—preguntó Margarita.

—Es una oración, señora: "¡Oh, Señor, dame tu Espíritu Santo para enseñarme lo que soy!"

—Y me parece que ya me ha enseñado lo que soy—dijo la mujer tristemente—, pues nunca su-

puse yo que fuera tan pecadora, y todo el día estoy pensando en ello aquí junto al brasero, y todas las noches despierto pensando en ello también.

—Ya he traído para usted otra oración, señora, y la he escrito en esta tarjeta para que la aprenda fácilmente. Mire usted: "¡Oh, Dios, dame tu Espíritu Santo, para enseñarme lo que es *Jesús!*" Dios ha oído la primera oración y ha dado a usted la respuesta; de modo que puede estar segura que no dejará de oír ésta también. Y cuando haya enseñado a usted lo que *Jesús* es, estoy seguro que será feliz, porque El perdonará su pecado y quitará su penosa carga.

La pobre mujer leyó la tarjeta varias veces, y entonces la señora sacó un librito de su bolsillo y empezó a leer. Era un Nuevo Testamento muy pequeño y muy usado; en otros tiempos había sido azul, pero ahora su bonito color se había desvanecido y los cantos dorados ya no brillaban.

No era la primera vez que aquel libro había estado en la buhardilla, pues era el mismo en que la madre de Margarita había leído a Simón, hacía quince años. ¡Cuánto amaba Margarita aquel libro! Aquí y allá se hallaba una raya de lápiz con que su madre había marcado un texto favorito. Era uno de éstos el que leyó hoy a la mujer: "La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado."

Y entonces explicó cuán pronto está Jesús a salvar cualquiera alma que venga a El, y que su sangre sola es la que puede limpiar todo pecado. La enferma escuchó con viva atención, y una lágrima asomó a los ojos de Cristóbal cuando dijo: "¡Oh, señora, no hay texto en toda la Biblia que ame yo tanto como éste! Don Pedro predicó acerca de él la segunda vez que fuí allí, y sentí, como si pudiera

cantar, gran gozo oyéndole. Bien me acuerdo cómo subí corriendo la escalera de este cuarto para contarlo a mi amo.

—¿Y ha hallado usted que es la verdad, Cristóbal?

—Ya lo creo, señora, y Simón lo supo también.

Entonces Margarita y Cristóbal se despidieron de la enferma, y al bajar las escaleras, Cristóbal le dijo:

—Señora, ¿tiene usted tiempo para visitar a la anciana Juana unos minutos? Se alegrará mucho ver a usted; me parece que no vivirá largo tiempo.

La señora convino en ello, y entraron juntos. La mujer estaba acostada en su cama en un rincón, y parecía dormir; pero luego abrió los ojos, y viendo a Cristóbal, se sonrió y le alargó las manos para darle la bienvenida. Era la antigua patrona de Cristóbal, ya anciana, que había dejado de recibir huéspedes muchos años hacía.

—¡Oh, Cristóbal!—exclamó—, ¡cuánto me alegro ver a usted! He estado contando las horas hasta que viniese.

—¿Usted conoce a Cristóbal hace muchos años? —preguntó Margarita.

—Sí, señora—respondió la anciana—, vino a mi casa primeramente como un pobrecito, lleno de andrajos y tiritando de frío. Me gustaba mucho, pues era más quieto que otros que solían venir; por eso a veces le daba un pedazo de pan; es decir, cuando me parecía que estaba más hambriento que de costumbre.

—Sí, señora, usted era muy buena—dijo Cristóbal.

—No tan buena como debiera; eran sólo cortezas lo que le daba o los restos de la comida, y aun de esto muy poco; pero usted me ha traído el pan

de vida, y no solamente pedazos y restos, sino suficiente y de sobra; ¡tanto como podía desear, bastante para todas mis necesidades!

—¡Oh, Cristóbal!—dijo la señora—, ¡cuánto me alegro de oír esto! Nuestro Señor ha sido muy bueno para usted; su obra no ha sido en vano.

—En vano, no; en verdad no ha sido en vano—exclamó la anciana—; hay muchos, muchos que bendecirán a Dios en el cielo por lo que usted y el padre de usted han hecho por este joven, y nadie en todo el mundo le bendecirá más que yo. Yo era tan ignorante como un pagano, hasta que Cristóbal vino, y leyó en su Biblia, y me habló de Jesús, poniéndolo todo muy claro y sencillo. Y ya sé que mis pecados me son perdonados, y muy pronto el Señor me llevará al *dulce hogar*, arriba. ¡Oh, cuán bueno será este momento!

—Ya veo que la señora Juana conoce el himno de usted, Cristóbal—dijo la señora.

—Sí, señora—respondió Cristóbal—, se lo enseñé hace muchos años, y es tan aficionada a él como era mi querido amo.

Luego la señora se despidió, y Cristóbal siguió su turno de visitas. Toda aquella tarde siguió trabajando; subiendo toscas escaleras, bajando a sótanos obscuros y húmedos, visitando bajos alojamientos y por todas partes dejando caer la simiente de la Palabra de vida: dulces palabras del Libro de los libros, que convenían a los corazones de los oyentes, pues en aquel Libro encontró una palabra para cada necesidad y un mensaje para cada alma. Había paz para los cargados, consuelo para los tristes, descanso para los fatigados, consejo para los perplejos y esperanza para el moribundo.

Siempre oraba antes de salir, para que Dios le

diera la palabra que conviniese a cada uno de los que visitaba: "¡Oh, Señor, tu ves los corazones! Te ruego que me des la ocasión de decir algo para Tí, y ayúdame para que aproveche la oportunidad, diciendo siempre lo que convenga."

Así no era cosa extraña que Dios le bendijera en su obra; no era extraño que por cualquiera parte que fuese, no sólo encontraba oportunidad de hacer bien, sino que también podía usarla para provecho y bendición. Y cuando la gente se hallaba enferma, siempre llamaban al joven colportor para leer y orar en su compañía. Tampoco era extraño que los niños le amaran, y que las madres, cuando estaban fatigadas, quisieran descansar algunos minutos para oirle leer palabras de consuelo y de alivio.

Por lo general, estaba rendido cuando volvía a su casa por la noche; pero no hacía caso de esto, pues nunca podía olvidar la pena de Simón, algunos días antes de morir, porque le quedaba sólo una semana para mostrar su amor a Jesús, su Salvador. Cristóbal vivió primero en un paseo tranquilo de las afueras de la capital, pues le gustaba pasear cuando su obra diaria había acabado; pero conociendo que la gente pobre le necesitaba a menudo por la noche, se mudó más cerca de ellos, y con frecuencia venían a él para contarle sus penas y dificultades. Especialmente a los jóvenes les gustaba acudir a la salita de Cristóbal para hablar un rato con él; y una vez por semana tenía una pequeña reunión allí, a la cual algunos de ellos asistían y conocían que les ayudaba mucho en su camino para el cielo.

Cuando Cristóbal abrió la puerta de su cuarto en el día de que estoy hablando, oyó un sonido que le

sorprendió: era el viejo organillo que alguien estaba tocando. Pensó con asombro en quién pudiera ser; pues había mandado a los niños de la patrona que no le tocasen no estando presente él mismo, para que no le estropearan. Algunas veces hasta se sonreía, pensando en lo mucho que cuidaba su viejo organillo. Traía a su memoria los días en que lo tocó por vez primera al lado del viejo Simón, que le decía lleno de ansiedad: "Tócale despacito, hijo mío; tócale muy despacito."

Al entrar vió que era su antiguo amigo don Pedro el que tocaba el instrumento. No lo había visto hacía muchos años, pues don Pedro se había trasladado a otro lugar, donde predicaba las mismas verdades que antes predicó en la pequeña capilla. Pero habiendo vuelto a pasar el domingo en el teatro de sus antiguos trabajos, anhelaba saber cómo se hallaba su antiguo amigo.

—Ya veo que tiene usted todavía el organillo, Cristóbal—, dijo don Pedro mirando la estropeada seda, aún más marchita y desgastada que en los días de Simón.

—Sí, señor—, respondió Cristóbal—; nunca podría deshacerme de él; prometí a mi viejo amo que le guardaría siempre, y éste fué su último regalo. Con frecuencia, al oír la melodía ***Mi hogar, mi dulce hogar***, vuelvo mis pensamientos al viejo Simón, y pienso en el tiempo feliz que deberá haber pasado en la hermosa ciudad estos quince años.

—¿Se acuerda usted que solía desear también ir allá, Cristóbal?

—Sí, señor, y lo deseo ahora; sin embargo, quisiera vivir algunos años más, si es la voluntad de Dios. Hay mucho que hacer en este mundo, y lo que hago yo, no me parece más que una gota en el

mar, cuando veo los miles de gentes que viven en estos patios apiñados. Algunas veces apenas puedo hacer más que llorar, pensando en lo poco que puedo trabajar por ellos.

—Sí, Cristóbal, es verdad que hay muchísimo que hacer, y no podemos hacer la décima ni la milésima parte de ello; pero debemos procurar que el Maestro pueda decir a cada uno: "Ha hecho todo lo que podía."

Entonces don Pedro y Cristóbal se arrodillaron y oraron a Dios para que diese su bendición a la obra, proporcionándole fuerzas para conducir mucha gente de los patios y callejones de aquella miserable vecindad al Señor Jesucristo, y que encontrasen una casa en la ciudad, adonde Simón se había ido hacía ya algunos años.

XIV

EL HOGAR EN LA TIERRA

ERA domingo por la noche, y Cristóbal se hallaba otra vez en la pequeña capilla. Ya no era aquel niño andrajoso expuesto a ser echado fuera por la mujer que encendía las lámparas, no. Ahora, lejos de eso, ni siquiera se atrevía a hablarle sin respeto, pues el joven colportor era muy bien conocido en la congregación.

Iba allí siempre muy temprano, antes que llegaran las demás gentes, y solía estar en la puerta para dar la bienvenida a todos, conduciendo a los viejos a sus asientos y esperando con ansia a los que había invitado por vez primera durante la semana.

Y si, por acaso, algunos niños andrajosos entraban y parecían interesarse en el sermón, Cristóbal les hablaba después; porque no se había olvidado del día en que había ido por primera vez a aquella sala, anhelando oír una palabra de consuelo que contar a su amo. Don Pedro iba a predicar esta noche, y Cristóbal había estado muy ocupado toda la tarde haciendo invitaciones especiales a la gente, pues deseaba mucho que estuviesen presentes para

oír a su querido amigo. La capilla estaba llena, cuando don Pedro entró en ella. ¡Cuánto se alegró éste al ver a Cristóbal, pasando por entre los bancos para dar a cada persona uno de los himnarios con los cuales iban a cantar!

El texto era: "Venid, que ya todo está aparejado." ¡Cuánto silencio en la capilla, y con cuánta atención escuchaba la gente!

El Pastor habló primeramente de la cena preparada con tanto cuidado y bondad, pero a la que nadie había querido ir. Había excusas de todas partes; cada uno estaba demasiado ocupado, o demasiado perezoso, para aceptar la invitación. Nadie deseaba obedecer a la dulce palabra: "Venid."

Y después siguió hablando de Jesús, y cómo lo había preparado todo para nosotros, ya que los brazos del Padre están abiertos para recibirnos, el amor del Padre pronto para agasajarnos y una casa en el cielo preparada ya para nosotros. "Esto—dijo don Pedro—, es lo que ha hecho Dios; pero ¿qué nos toca a nosotros? ¿Qué tenemos nosotros que hacer? Pues tenemos que *ir*, ya que todo está hecho. *Venid* solamente; tenéis que venir y tomar; tenéis sólo que recibir su amor. Ven, pobre alma que estás trabajada y cargada, ven, que ya todo está aparejado. *Ya aparejado*. Hay muchísimo en la palabra *ya, ahora*. Dios ha hecho todo lo que podía; no podía más, y os dice: *Venid*. ¿No vendréis? Estas buenas cosas que Dios os ha preparado, ¿no valen la pena de recibirlas? ¿No queréis acostaros esta noche sabiendo que estáis perdonados? ¿No queréis sentaros más adelante a la mesa del Cordero? ¡Oh, que día tan feliz será éste!"—dijo don Pedro, concluyendo su sermón—. A San Juan le fué permitido ver un poco de su gloria; y tan hermoso, tan bueno, tan impor-

tante era, que el ángel parece haberse detenido para que San Juan lo escribiese en seguida. Escribe: "¡Bienaventurados los que son llamados a la cena del Cordero!"

—¿Sois vosotros uno de aquellos benditos—preguntó el Pastor—. ¿Sois vosotros lavados en la sangre del Cordero? ¿Os sentaréis en aquella mesa a participar de esa cena? ¿Tenéis el derecho de entrar en *el hogar, el dulce hogar*? No sé cuáles serán vuestras respuestas a estas preguntas; pero si no podéis responderme ahora, ¿cómo responderéis en aquel día al gran Escudriñador de los corazones?

Y con esta pregunta don Pedro concluyó su sermón, y los asistentes se marcharon; los que antes le habían conocido, pasaron para darle la mano, o para recibir un consejo o una palabra de consuelo, y después don Pedro y Cristóbal marcharon también.

—Y ahora—dijo don Pedro—, ¿le parece a usted que puede prepararse para acompañarme mañana a las ocho, hora en que tendré que partir?

—¿Irme con usted, señor?

—Sí, Cristóbal; usted ha tenido muchísimo que trabajar hace mucho tiempo, y he pedido permiso a su Pastor para que viniese usted a casa conmigo a disfrutar el aire fresco del país y el descanso que necesita. Estoy seguro que no será tiempo perdido, Cristóbal; pues tendrá usted tiempo para leer y orar, y podrá volver a su obra con más fuerzas. Y bien, ¿qué le parece a usted, podrá estar dispuesto?

Cristóbal dió las gracias a don Pedro con todo su corazón, pues algunas veces había anhelado con ansiedad un rato de descanso en su trabajosa vida.

Al día siguiente ambos viajaban en el tren hacia el pueblo donde don Pedro tenía su iglesia.

El resultado de la visita se puede colegir del siguiente extracto de una carta, escrita por Cristóbal a don Pedro algunos meses después:

"He prometido a usted que no dejaría de darle informes acerca de nuestra casa. Creo que es una de las más felices de todo el mundo. Siempre bendeciré al Señor por haber ido a su pueblo, y haber encontrado a mi querida esposa. Al fin tengo *mi hogar, mi dulce hogar*, y somos ambos muy dichosos.

"Cuando vuelvo de cumplir con mis deberes diarios, Elena está siempre esperándome; todo está aparejado, y pasamos las noches muy felizmente. Ella gusta oír todo lo que he hecho durante el día, y los pobres ya la aman mucho y le cuentan todas sus penas. Y es un gran consuelo orar juntos por los que visito así, llevándolos al Salvador.

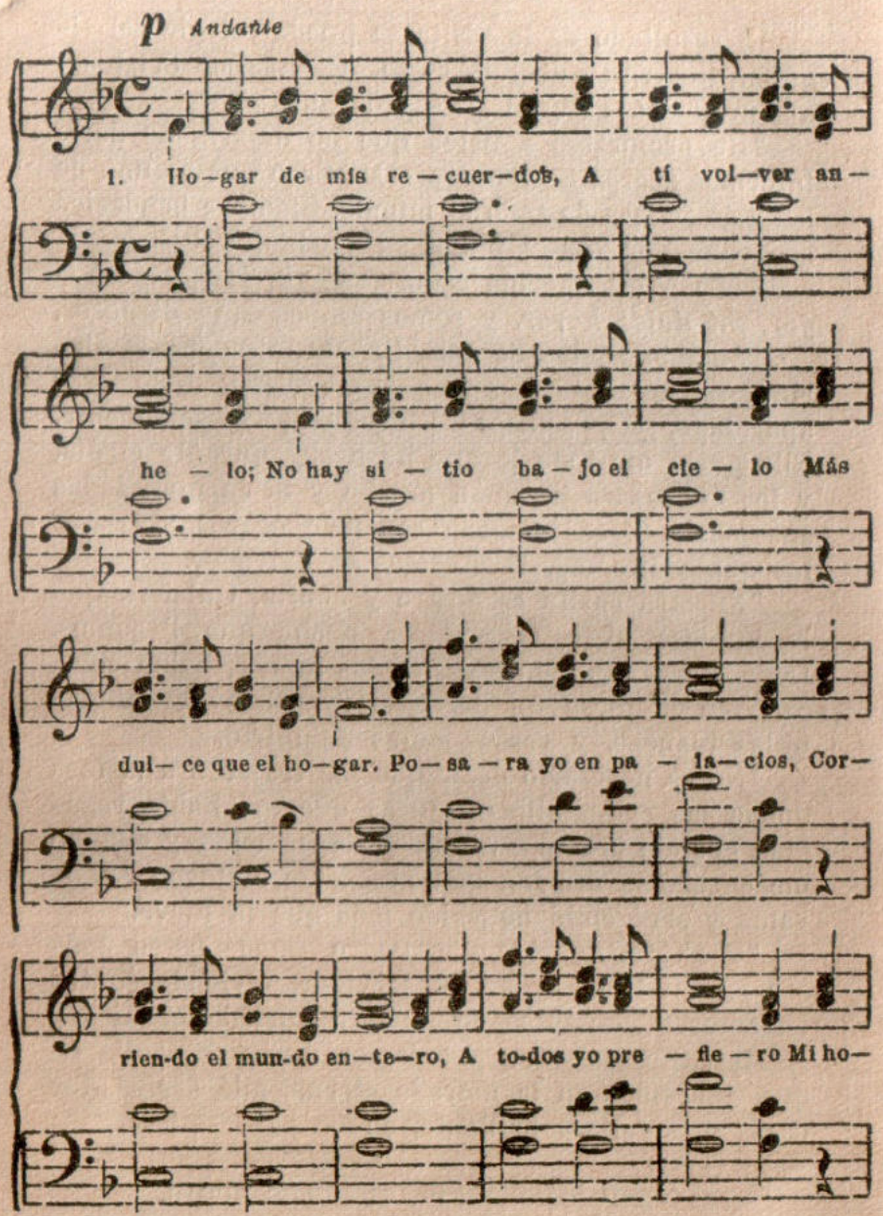
"Nuestra casita es alegre y bonita. Quisiera que la hubiese visto la primera noche que llegamos. Doña Margarita, con sus propias manos, había colocado en la mesa un hermoso ramillete de campanillas blancas, y verdes hojas de mirto.

"No es necesario decir que me trajeron a la memoria las campanillas blancas que me había regalado cuando era una niñita de cinco años, y cuando me enseñó la oración que nunca he olvidado: "Lavame y seré emblanquecido más que la nieve."

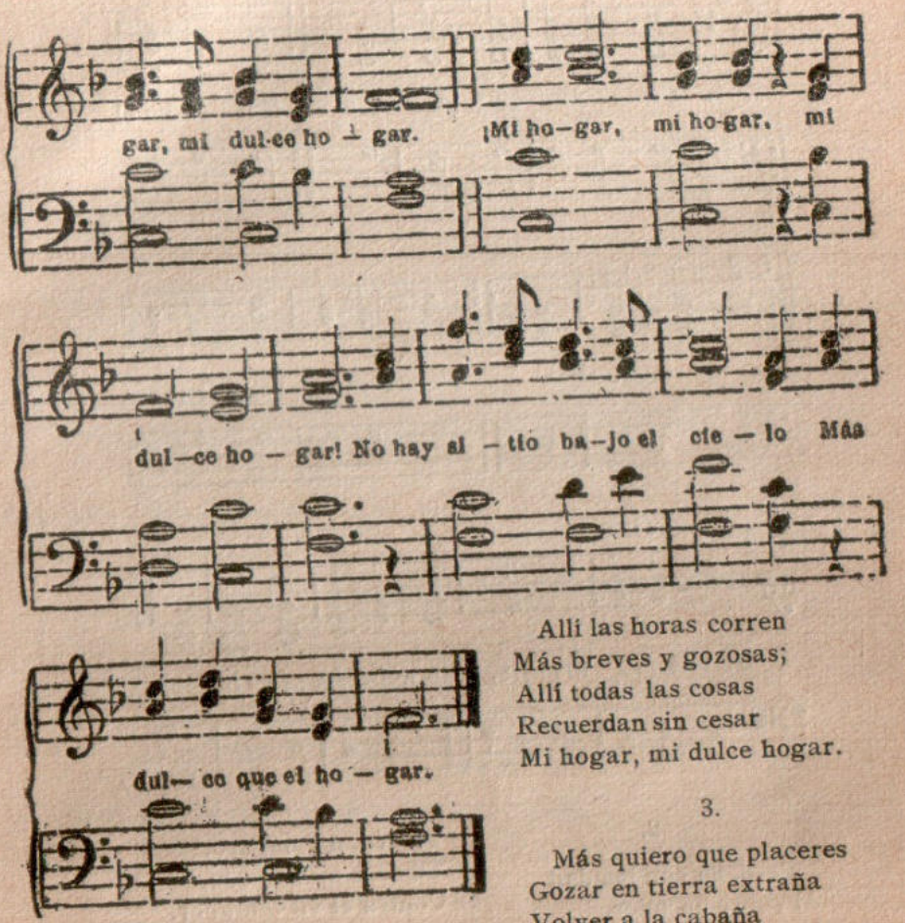
"Y ahora, querido don Pedro, puede usted pensar en mi Elena y en su servidor, viviendo juntos en amor y contentos en nuestro querido hogar terrestre. Sin embargo, anhelamos con gozo el día en que estaremos en la morada eterna, allá arriba, todavía más feliz y brillante, en

EL VERDADERO HOGAR, EL DULCE HOGAR."

MI HOGAR, MI DULCE HOGAR.



CORO



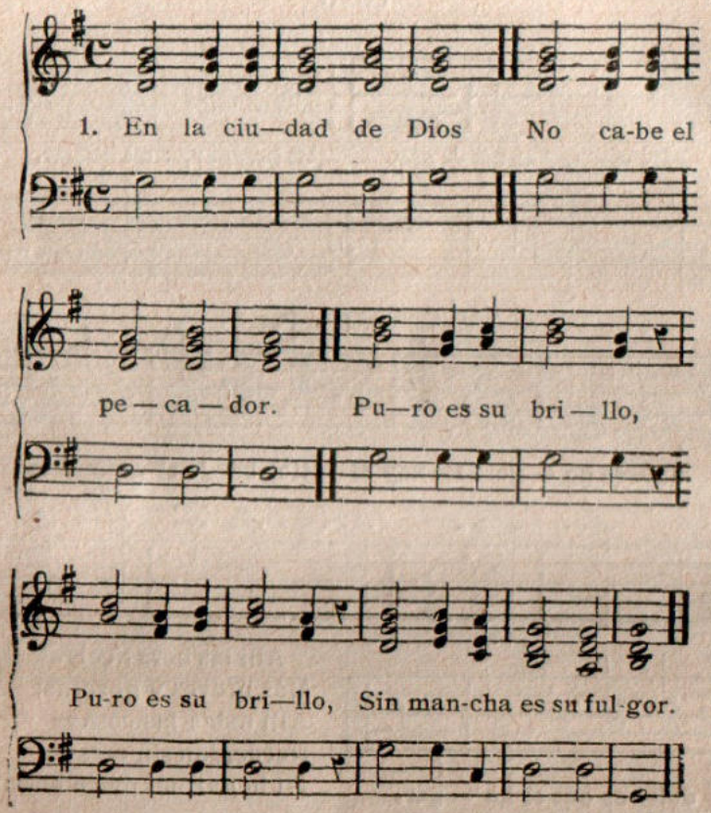
2.

Allí la luz del cielo
Desciende más serena,
De mil delicias llena
La dicha del hogar.

Allí las horas corren
Más breves y gozosas;
Allí todas las cosas
Recuerdan sin cesar
Mi hogar, mi dulce hogar.

3.

Más quiero que placeres
Gozar en tierra extraña
Volver a la cabaña
de mi tranquilo hogar.
Allí mis pajarillos
Me alegran con sus cantos;
Allí con mil encantos
Está la dulce paz:
Mi hogar, mi dulce hogar.



2.

Perdona con bondad
Al pobre pecador.
Lava mis culpas,
Lava mis culpas,
Bendito Salvador.

3.

Tu hijo quiero ser
Por siempre, mi Señor.
Tú eres mi amparo,
Tú eres mi amparo,
Contra el vil tentador.

4.

¡Oh! cuando arriba esté,
Salvado por tu cruz,
Puro y sin mancha,
Puro y sin mancha,
Veré tu hermosa luz.

INDICE

	Páginas.
I.—El viejo organillo	3
II.—El importante cargo de Cristóbal	10
III.—Sólo otro mes	18
IV.—La primera lección de música de Margarita	29
V.—La Ciudad de Dios	37
VI.—El camino al Hogar	45
VII.—Las campanillas blancas de Margarita.	53
VIII.—Hecho apto para el Cielo	63
IX.—La entrada de Simón en la Ciudad	72
X.—No hay sitio cual mi Hogar	79
XI.—Solo en el mundo	86
XII.—Cristóbal encuentra un refugio	92
XIII.—La obra de Cristóbal por su maestro...	98
XIV.—El hogar en la tierra	106

Librería Nacional y Extranjera

Caballero de Gracia, 60.--Madrid (Central)

Biblioteca de la Infancia

	Ptas.
El Amigo de la Infancia. Colecciones completas de casi todos los años, que por sí solos constituyen ya una verdadera biblioteca infantil.	
Sin encuadernar	3,00
Holandesa (sólo los tres primeros años, 1874 al 1876)	3,00
Pasta o tela	4,00
Encuadernación de lujo	5,00
El arbolito de Federico	0,25
Cristóbal y su organillo o ¡Mi hogar mi dulce hogar!	
Encuadernado en rústica	1,50
Encuadernado en pasta	2,00
El cuadro de un pintor. Relato histórico en el que intervienen un artista, una gitana y un conde	0,25
El Genio de Cervantes al alcance de los niños:	
Primeras aventuras de Don Quijote (ilustradas)	2,50
Sancho Panza, gobernador (ilustrados)	2,50
La Cruz de Coralito	0,50
La Huerfanita	0,25

Ptas.

Leyendas de la Alsacia: La capa de pieles.—El Doctor de Kaisersberg.—Spitzi.—Cada una de éstas..... 0,20

La morenita perdida.

Encuadernado en rústica..... 1,50
Encuadernado en pasta..... 2.00

La Navidad de Angelita.

Encuadernado en rústica..... 0,50
Encuadernado en pasta o tela..... 0,75

La Palomita..... 0,25

Parábolas de Jesucristo: Escogidas e ilustradas para niños..... 0,25

Parábolas de la Naturaleza. Cinco diferentes narraciones instructivas y amenas.

1.ª Una lección de fe.—2.ª La tierra desconocida.—3.ª No perdida, sino transformada.—4.ª Susurro de placer.—5.ª Una lección de esperanza. Cada una de éstas.. 0,30

Biblioteca de la Juventud

Un Campeón y Mártir de la Libertad, en España. Compendio de la vida y muerte de Manuel Matamoros..... 0,50

Cartas desde los sitios azotados por los terremotos en Andalucía..... 2,00

La Cautividad Babilónica de la Iglesia, por Lutero..... 1,50

Los cuatro viajes de Cristóbal Colón, con un excelente mapa..... 0,75

Cuentos de Navidad, por Dickens..... 3,90

De la Educación intelectual, moral y física, por Spencer..... 3,00

Ptas.

La Familia Sagrada: Bellísima y auténtica descripción de la bendita familia de Jesús, sus padres y sus hermanos..... 0,50

Felipe Melancton, preceptor de Alemania..... 0,25

Teodoro Fliedner de Kaiserswerth, padre de las diaconisas..... 2,00

Carolina Fliedner, madre de las diaconisas..... 2,00

Guillermo Wilberforce. Gran libertador de los negros..... 0,50

Héroes Españoles de la Fe. Cuadros de la Reforma en España, por E. Christ..... 2,00

Higiene y Moral, por el doctor Paul Good,..... 1,00

Historia de las Misiones: «Persia», por Fidelia Fiske..... 0,30

La Isla del Coral, por Ballantyne..... 2,00

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. 3,50

Josefina Butler. Una Voz en el Desierto..... 2,00

Joya Cristiana del siglo XVI. Manera que se debería observar para informar, desde la niñez, a los hijos de los cristianos en las cosas de la religión, por Juan de Valdés..... 0,50

Juana D'Albret, reina de Navarra..... 0,25

Juan Brown de Haddington, Pastor y Doctor en Teología, antes pastor de ovejas..... 0,50

Juan Howard, El amigo de los menesterosos, enfermos y encarcelados..... 0,50

Junto al hogar, por Ch. Wagner..... 3.50

Juventud, por Ch. Wagner..... 5,00

Martín Lutero. Su vida y su obra, por Federico Fliedner..... 5,00

La Misión de Fray Martín, poema, por Carlos Araujo..... 1,00

Nosotros los jóvenes, por Wegener, traducción de D. Luis de Zulueta..... 3,00

Paul Rabaut. El Pastor del Desierto..... 0,25

	Ptas.
Pedro Waldo y los Valdenses	0,50
¿Por qué soy cristiano?, por A. Westphal	0,80
La Religión y las Ciencias Naturales, por Bettex.	4,00
¿Sabéis lo que es un verdadero cristiano? por L. F. Galland	0,40
¿Sabéis lo que es un verdadero protestante? El protestantismo estudiado a la luz de las Santas Escrituras	0,40
«La Tierra Santa». Geografía histórica de Palestina	1,00
Vida del Coronel D. Jaime Gardiner	0,25
Obras de Samuel Smiles: El carácter.—El ahorro.—El deber.—¡Ayúdate!—Vida y trabajo.—Vida de Jorge Stephenson.—Inventores e industriales.—Viage de un joven al rededor del mundo.	
Encuadernados en rústica	2,50
Encuadernados en tela	3,50

Sección de música

Cancionero de El Porvenir	0,50
Himnario para uso de las Iglesias evangélicas españolas	2,00
Salterio Cristiano. Contiene la música de los himnos del anterior y casi todos los de la siguiente colección de Navidad, facilitando con ello la formación de coros a cuatro voces	7,50
Himnos al nacimiento de Jesús: Colección de 28 canciones antiguas y modernas	0,25

Sección de Cromolitografía

	Ptas.
Textos bíblicos de pared:	
Grandes, 17 × 24 cm	0,75
Pequeños, 8 × 12 cm	0,30
Vales para Escuelas Dominicales:	
100 cuadros bíblicos	2,50
50 del Antiguo Testamento	1,50
50 del Nuevo Testamento	1,50
El Buen Pastor:	
12 textos diferentes ilustrados, para niños	0,75
Cromitos. Textos con flores, pájaros y paisajes, el ciento	2,00

Preciosas tarjetas postales

Con el portal de Belén, para felicitar la Navidad.
Con los Magos de Oriente, para Año Nuevo.
Con la paloma refugiándose en el Arca (Génesis, 8, 9).
Con el Arco Iris, símbolo de paz (Romanos, 15, 33).
Con un faro y una nave que peligra en medio de un mar tempestuoso (Salmo 27, 1).
Y otras con asuntos bíblicos.

Cada una	0,25
La docena	2,50

Iglesia Evangélica - Santa Cruz de Mudela

EL AMIGO DE LA INFANCIA

PERIÓDICO ILUSTRADO

Esta publicación, destinada con especialidad a la niñez; tiende, por medio de artículos de instructiva y amena lectura, a formar sus corazones en las elevadas y sublimes enseñanzas de Jesucristo, inculcándoles el amor a la verdad y al bien.

Se publica el 1.º de cada mes, y consta de 4 páginas por cada domingo, con preciosos grabados.

Suscripción anual.	España y Repúblicas Americanas.....	3,00
	Todos los demás países del extranjero.	4,50

Iglesia Evangélica - Santa Cruz de Mudela

Precio: 1,50 pesetas.